SOCIAL



VOL. I MOVIEMBRE 1916 Nº 11

DUBIC





EL CABALLERO

Se pela, se afeita, y se manicura allí.

LA SEÑORA

Se peina, se riza, se lava el cabello allí.

EL CABALLERO Y LA SEÑORA

Compran allí todos sus perfumes y objetos de tocador.

OBISPO NUMERO 116



JABON DE HIEL DE VACA

CRUSELLAS Y CA., FABRICANTES

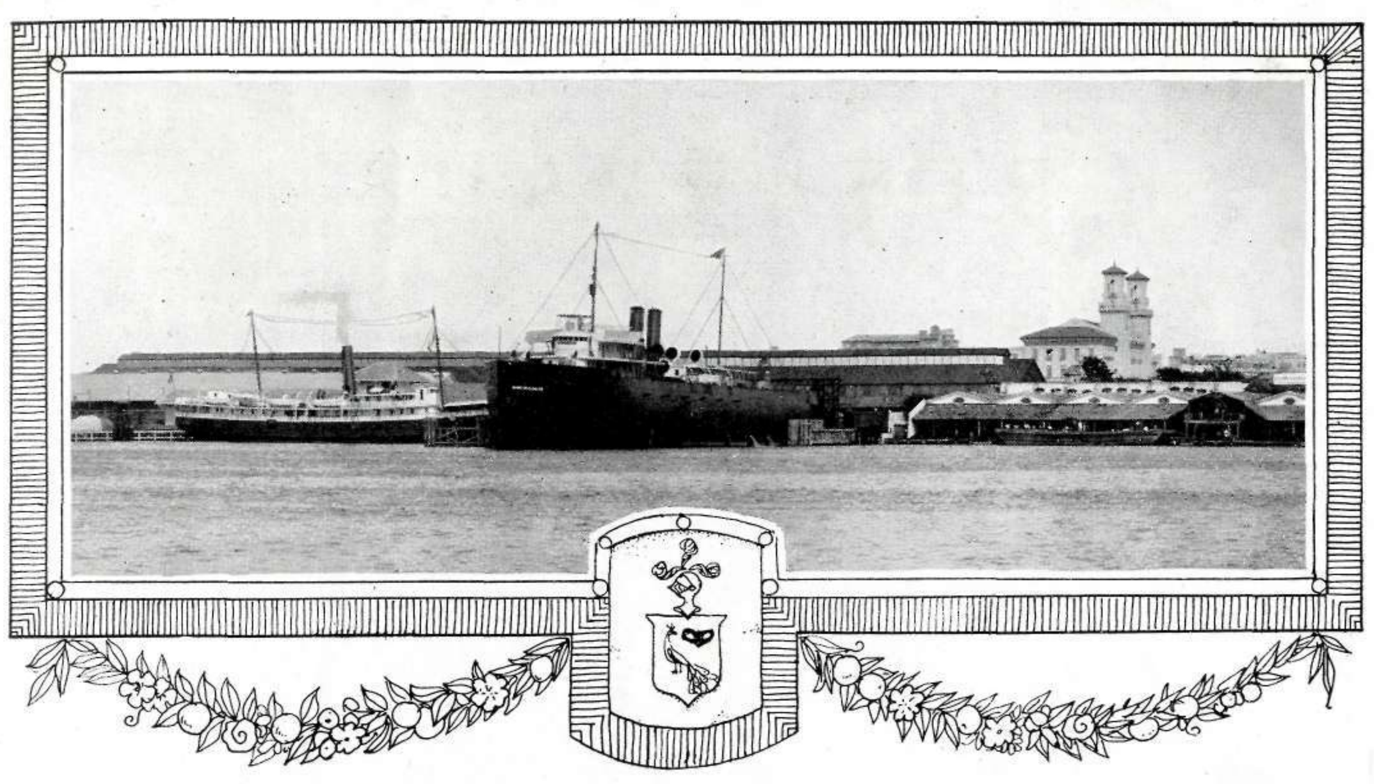
SUAVIZA EL CUTIS, LO PERFUMA

Se vende en todas partes

- - - - y en el - - - -

Salón Crusellas. -:- Obispo 107.

VOL. I. LA HABANA, NOVIEMBRE 1916. Núm. 11.



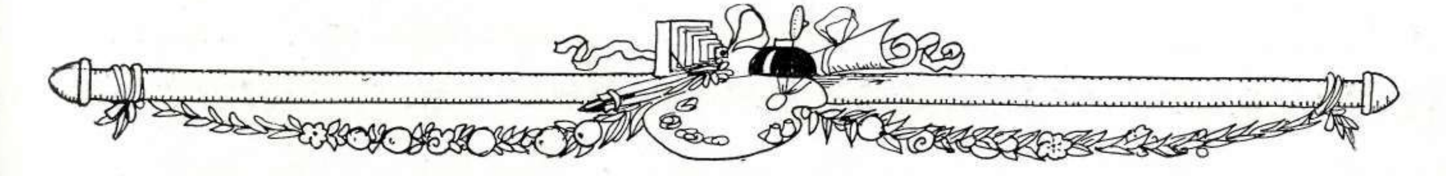
Acogida a la franquicia y registrada como correspondencia de 2ª clase.

SUMARIO

DIRECTOR: *Conrado W. Massaguer.*
Un año (12 números)........ $ 3.00
Número suelto............. 30 cts.
CABLE Y TELEG.: *MASSAGUER.*

ADMINISTRADOR: *Oscar H. Massaguer.*
Un año (extranjero)........ $ 3.50
Número atrasado........... 60 cts.
TELEF. F-1564.

Editada mensualmente por MASSAGUER BROS. Calle 4 No. 170 (Vedado).





SRTA. ROSARIO ARANGO Y CARRILLO

Cuyas bodas con el Sr. Juan Kindelán de la Torre, se han de celebrar este mes.

Fot. American Photo Co.



SRTA. SERAFINA DIAGO Y CARDENAS

Que contraerá nupcias este mes con el Dr. Miguel Mariano Gómez Arias, hijo del ex-Presidente de la República, General José Miguel Gómez.

Fot. Colominas.

EL AMOR Y LA GUERRA

Por MIGUEL DE ZARRAGA

(Exclusiva para "Social")



ES domingo: hay que huir de Londres. Las calles de la babilónica metrópoli, congestionadas a diario por una inmensa muchedumbre, que a pie y en toda clase de vehículos se desborda en cuantos rumbos se pudieran sospechar, aparecen tranquilas, tristes, mudas, como si un invisible fantasma recluyera a las gentes en sus más apartados aposentos o las echase lejos de la ciudad paralítica, hostil con su adustez. Es el clásico día de las meditaciones, y, aunque ya a la tradición no se le rinde el mismo fervoroso culto de los pasados tiempos, se suelen guardar las apariencias.

Por fortuna, la ciudad se extiende entre jardines. Los de Hyde Park, Kensington, Regents Park, Buckingham, Green Park, Saint James, y tantos otros, que en pleno corazón de Londres recrean la vista y elevan el espíritu, son, en estas silenciosas tardes, algo así como unos oasis deliciosos dentro de la desierta urbe, que, entre sueños, duerme. Mientras los viejos añoran su pasado sin asomarse a los balcones de sus casas, cerradas, la juventud irrumpe, rebosante de vida, por parques y jardines.

¿Qué rincón elegir para el eterno amor de los amores? Las tardes del domingo en que todo reposa y en que todo el negocio del día pudiera encerrarse en haber conseguido una sonrisa de mujer, parecen destinadas solamente al amor: amor de mujer o amor de ensueños. La juventud ama; los poetas, que siempre son jóvenes, ensueñan.

Miss Helen Hackensack sonríe ante mi pregunta "¿qué rincón elegir?"... ¿Rincón? ¿Por qué rincones? La juventud inglesa no busca los rincones; se ama al aire libre, a pleno sol, a las miradas del mundo... Ahora soy yo el que sonríe.

—¿Lo duda usted?—me dice esta amiga encantadora, en la que yo, un pobre hombre, no he sabido ver una mujer, porque la admiro demasiado para empequeñecerla recordando su sexo...

—No es que lo dude; es que me hace gracia esa ingenuidad. Un español no se contentaría con amar **a la inglesa.** Es de presumir que prefiriese menos aire, menos sol, y menos mundo.

—Pues aquí, ya lo ve...

Desde el **taxi** que nos lleva a través de Londres miro hacia Hyde Park. Sobre la enorme alfombra verde, unas cuantas parejas de novios, gozando la blandura de la mullida hierba, se arrullan. Entre ellas juegan unos niños.

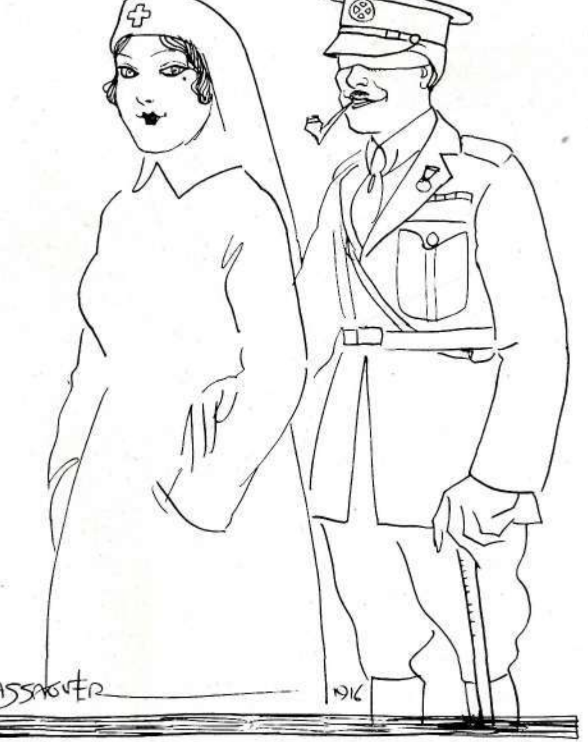
Miss Hackensack, mostrándome la escena, se maravilla del asombro que otra análoga les produjo a unos curiosos belgas, sus amigos. "En Bruselas, ni en París, jamás se vió ésto", le decían. Y Miss Hackensack sólo supo contestar: "Es que **ésto** resulta difícil explicarlo."

¿Difícil? Muy difícil. Inglaterra es, indiscutiblemente, el país más **demostrativo** del mundo en cuanto se relaciona con los negocios del corazón. Pero, ¿cómo, entonces, se considera al inglés tan púdico y tan vergonzoso?... Su fama es injusta. A menos que la inocencia, por lo mismo que lo es, todo lo permita. Las escenas de que tanto se asombraban los aludidos belgas no tienen importancia, ni siquiera a los ojos de las madres. Todo se reduce a una forma de la amistad, a un casto flirteo, a un simple **walking out**... La intención del que lo contempla es la pecaminosa.

Hemos dejado atrás los parques de Raveuscourt, Chiswick, Gunnersburg, y nos vemos ante los Reales Jardines de Kew. Estamos en la augusta residencia favorita de Jorge III y de la Reina Carlota. Aquí no se encuentran los desconcertadores cuadros de Hyde Park.

Se aspira una atmósfera de múltiples perfumes, que embriagan hondamente; pero en serena calma, toda ella poesía, rebosante de pureza, de virginidad, como si un aroma de místico incienso envolviera a todos los demás aromas. Son éstos unos venerables jardines, que nos invitan a hablar en voz baja. La hierba esmeralda que nos sirve de alfombra es un regio tapiz arrancado de un cuento de "*Las mil y una noches.*"

El Palacio, los Museos, la gigantesca estufa de las palmas—evocadoras, bajo este cielo gris, del incomparable paraíso cubano—, los Jardines de Invierno, la casita de la Reina, el templo al Sol, la pagoda, el templete japonés, los lagos, el jardín americano de magnolias y azaleas... Todo Kew es un ensueño. Hasta el Támesis, que lo bordea, se poetiza al pasar por su lado, como si quisiera hacernos olvidar que en su desembocadura la guerra se asoma con millares de cañones y de minas.



Miss Hackensack me dice a flor de labio:

—Aquí no se ama como en Hyde Park...

Y me señala a una **nurse,** de aristocrática silueta, que pasea de su brazo a un pobre soldado ciego. Es ella una inglesa de nobilísima estirpe, que, como otras muchas grandes damas, se ha consagrado, mientras dura la guerra, a un santo hospital. La orgullosa hija de John Bull tiene ahora un orgullo más: el de servir a su Patria.

En este hidalgo empeño rivalizan todas las mujeres de la Gran Bretaña, poniendo a contribución sus aptitudes, sus medios, su esfuerzo, sus conocimientos y su entusiasmo, no por callado menos grande.

Las inglesas ricas cedieron sus palacios a los soldados heridos o se trasladaron, humildes, a los hospitales; las pobres han substituído a sus esposos y a sus hermanos, y lo mismo se las ve en las oficinas que en las fábricas, conduciendo un tranvía o fabricando municiones. Y en las trincheras no falta la dulce mano que atiende a los heridos y hasta, si es necesario, les defiende la vida, dando la suya por la de ellos, ¡a balazos! Junto a no pocos nombres femeninos puede ponerse, como gloriosa apología: "Muerta en el cumplimiento de su deber".

Ante este patriotismo de las mujeres inglesas, ¿qué importan las escenas de Hyde Park? Bienvenido sea el amor. A fin de cuentas, acaso de unas migajas de ese amor son los sueños de muchos que se matan lejos... como si nunca hubieran sabido más que de odios.

Pero hasta en la guerra hay algo más que odios. Miss Hackensack me cuenta cómo un soldado se moría en el frente... Un médico y una **nurse** le cuidaban. El médico, expertísimo cirujano, respondía de la vida del herido, de resistir éste cierta dolorosa operación; pero faltaba un anestésico... La **nurse,** una distinguida y bella dama inglesa, arrodillóse entonces ante el soldado herido, acarició su rostro con amorosas manos, besó sus ojos para que nada vieran, y sus labios para que no se quejasen; y el cirujano, en tanto, operando al herido, le salvaba...

26, Linden Gardens, Chisurick, London, K.



SRTA. GLORIA CASTELLA
Que contraerá matrimonio este mes con el Sr. Raoul Barrios de la Torre.
Fot. American Photo Co.

LA RESEDA DEL SEÑOR CURA
POR ANATOLE FRANCE

Hace algún tiempo conocía en un pueblecillo del Bocage a un sacerdote muy piadoso, el cual rehuía toda sensualidad, practicando la abnegación con verdadero placer y no conociendo más alegría que la del sacrificio. Cultivaba en su jardín árboles frutales, legumbres y plantas medicinales. Pero temiendo la atracción de la belleza hasta en las flores, no quería ni rosas, ni jazmines, permitiéndose apenas la inocente vanidad de poseer algunas matas de reseda, cuyos tallos tortuosos, tan humildemente florecidos, no eran tentación para sus ojos cuando meditaba, leyendo su breviario entre las plantaciones de hortalizas y bajo el cielo del Señor. Al santo varón inspirábale tan poca desconfianza su reseda, que algunas veces, al pasar, cogía una ramita, olfateándola largo rato. Esta planta crece mucho. Por cada ramita que se corta, salen cuatro; y tan frondosa fué la reseda del cura (interviniendo el diablo seguramente), que llegó a cubrir un buen trozo de la huerta. Desbordábase cruzando los senderos, y enganchaba la sotana del sacerdote piadoso, el cual distraído por aquella planta loca, interrumpía veinte veces las lecturas y las oraciones. Desde la primavera hasta el otoño, el presbítero no dejaba de oler a reseda.

¡Ya véis a qué se reduce toda nuestra fortaleza, y cuán frágiles son nuestros propósitos! Con fundamento se dice que una inclinación natural nos induce al pecado. Supo aquel sacerdote preservar de tentación la vista; pero dejó indefenso el olfato, y el demonio lo tenía cogido por las narices. El santo varón olía la reseda con sensualidad y concupiscencia, es decir, con ese perverso instinto que nos inspira el deseo de los bienes terrenales, haciéndonos caer en todas las tentaciones. Desde entonces ansiaba con menos entusiasmo los aromas dle cielo y los perfumes de María.

Disminuyendo su piedad religiosa, tal vez su alma se hubiera precipitado en la tibieza, siguiendo poco a poco el camino de las pobres almas frágiles que son rechazadas por el cielo, sin el inspirado auxilio que recibió muy oportunamente. Ya en los antiguos tiempos de la Tebaida, un ángel arrebató a un eremita el cáliz de oro, que recordaba fatalmente al santo varón las vanidades tentadoras del mundo. Una gracia por el estilo concedió el cielo al cura de Bocage. Y fué una gallina blanca, escarbando tanto y con tan grande acierto la tierra, junto al tronco de la planta, que la hizo morir. Se ignora la procedencia de la gallina. Yo me inclino a creerla el mismo ángel que arrebató en el desierto la copa del eremita, y esta vez tomó la forma de gallina blanca para destruir el obstáculo donde tropezaba el piadoso y humilde sacerdote al avanzar en el camino de la perfección.



SRTA. TERESA PEON Y LOZA
Hija del distinguido caballero yucateco, Ldo. Ignacio Peón y Peón, fallecido recientemente en esta ciudad, que contraerá matrimonio este mes con el Sr. Bernardo Cano y Manié, también de la colonia mejicana. *Am. Photo Co.*

CHIQUITAS DE SOCIEDAD

Por FIERCE

Mary.

Esta muchacha es, por lo regular, blanca, con blancura de leche, y rubia, con un rubio de oro pálido. Tiene claros los ojos, con una claridad profunda, que espanta de puro inocente que nos parece; ojos de alumna del Sagrado Corazón, que salen del colegio para ver, sin un solo parpadeo, los deslumbramientos más luminosos! La boca es más bien grande, y con los labios delgados, con más de fresa que de clavel; y los dientes, brillantes, muy brillantes. No gusta del verano; y ama en cambio nuestro invierno, con sus trajes de sastre que permiten llevar la chaqueta al brazo y patinar y jugar al tennis sin sofocarse. Ha estado en el Norte,—ese Norte indeterminado, como los "¡Ellos!" de Tartarín—, y tiene un hermano más pequeño que estudia en San Agustín y que a veces la acompaña de tarde por Obispo. Este hermano, que cuando sea mayor irá a educarse al Canadá, se llama José o Samuel, y le dicen Joe o Sam. El padre es banquero más o menos sólidamente establecido, y su esposa murió de una operación en los Estados Unidos, durante un verano.

A esta muchacha sus amigos le dicen Mary, o Mercy, o Jenny. Tiene muchos amigos, y lamenta, con la insinuante candidez de sus ojos de colegiala, que nuestras costumbres latinas no le permitan pasear sola con ellos. En tanto, ve cruzar la vida con el animado ajetreo de un baile de moda, y un día, en una crónica de Fontanills, se leerá que esta muchacha, Mary, Mercy o Jenny, cuyo Norte esté quizás reducido a un lejano recuerdo de Key-West, se compromete con el hijo cubano de una española y sólida firma comercial...

¡Hello, Mary!

* * *

Esther.

Esta muchacha tiene el pelo de un rubio oscuro de sol estival, y de esmeralda los ojos, impávidos tras sus largas pestañas. Su cuerpo es realmente impecable, con una casta serenidad del todo helena, y con una blancura opaca, de marfil. Es amable, y lee con paternal permiso a Prevost y a Loti, y a escondidas a Farrere y a Lorrain y a Trigo y a Hermant,—todo porque sus amigos le hablan de su tipo que enloqueció al señor de Phocás, y porque Emilio Roig de Leuchsenring, con su alegre iconoclasia le ha contado las torturadoras historias del Príncipe Noronsoff, y los sedosos versos que hay en las verdaderas "Mil noches y una noche"... Ama la música y los versos; pero, entre éstos, no lee en las revistas del patio los ininteligibles de Agustín Acosta, ni los de Pichardo Moya, que versa a las comparsas y a las cosas banales; prefiriendo la divina música de Uhrbach, y sobre todos los de una poetisa que se llama Emilia Bernal de Labrada.

El padre de esta muchacha es un médico ilustre, que gana mucho, pero que como bienes de fortuna no tiene otros que la aristocracia de sus clientes y la de su apellido. Quizás si es extranjera su señora, con cualquier apellido extranjero equivalente a Pérez, que en las crónicas se encierra en el anónimo de la inicial; de aquí que esta muchacha, que sin duda sabrá francés, sea la preferida, en las recepciones nuestras, por los attachés de las legaciones extranjeras, con uno de los cuales se comprometerá un día.

¡Oh el señor de Phocás!

* * *



SRTA. DULCE MARIA MULLER

Que contraerá nupcias con el Dr. José Gorrín.

Nena.

El padre de esta muchacha era un colono que lleva un antiguo nombre habanero, a quien de colono convirtió en amo de ingenio, ahora, la guerra europea. Hombre de sociedad, le amparó siempre en los momentos difíciles su apellido ilustre; y hoy, cuando quizás hubiese tenido que recurrir a una embajada simbólica, quiere la suerte que eleve su fortuna a la altura misma de sus blasones.

Ella figuró siempre en primera línea; y actualmente, con la compra del Locomobile,—que cuando la guerra permita la exportación de máquinas francesas será cambiado por una de éstas—ha sentido renacer sus bríos. Le dicen Nena, y es trigueña, con los ojos negros, con claridad de sol goyesco; tiene un magnífico cuerpo: roja y grande la boca siempre húmeda, pequeños, de blancura mate y admirable perfección los dientes; jubilosa, como de marquesa del Trianón, la carcajada... Patina muy bien; pero si juega tennis, recibe la bola más con gritos que con la raqueta...

Nunca ha pensado en la seriedad del amor, pues ella sólo ha visto la seriedad hecha virtud en el asno. Todos sus amigos han sido sus pretendientes; y es el más consecuente y "apreciado como un hermano" aquel que más amigos nuevos le presenta. Así ve la vida correr, con la calma tormentosa del danzón, que es aun su baile predilecto; y un día, un día que llegará, dirá el Maestro en sus "Habaneras" que Nena se ha comprometido con un abogado joven, que sin duda será poco después nombrado consultor-secretario de alguna compañía azucarera.

¡Oh, Nena!

GIOCONDA CUENTO por HUGUES LE ROUX

Traducido expresamente para "Social" por Emma Baudrand

La sesión del medio día había terminado y la modelo se vestía detrás del paraván mientras yo raspaba cuidadosamente mi paleta. De súbito, sonaron dos golpes en la puerta del taller.

Dejé los pinceles y abrí.

Era Adolfo, el portero. Traía una carta en la mano y exclamó al verme:

—Mire, señor Maze, es urgente.

Rasgué el sobre y leí:

"Sr. Maze: Le agradeceré tenga la bondad de venir "a mi domicilio lo más pron- "to que le sea posible, para "que haga un croquis de mi "joven esposa, fallecida esta "mañana a las ocho, y de "cuyo croquis, se servirá us- "ted, más tarde, para pintar "un retrato.

"De usted atentamente.— "*Carlos Paris*, abogado."

El trabajo había sido rudo aquel día, ya estaba cansado y tenía el proyecto de pasar la velada en la Nueva Atenas fumando mi pipa tranquilamente, en compañía de varios amigos, pero, recordando de pronto el estado precario de mi bolsa, me decidí y le dije a Adolfo:

—¿Tú conoces a este señor Paris?

—Yo le embotello el vino desde que se casó.

—¿Tiene dinero?

—Sí; ejerce para distraerse.

—Y, su mujer, ¿era bonita?

—Cuando pasaba por el almacén de la esquina, los dependientes salían a la puerta para verla.

—Bueno, vamos —dije— cogiendo mi caja de colores.

Y encargué a mi modelo la limpieza de la paleta.

El abogado Carlos Paris vivía a corta distancia de mi estudio, en la otra acera del boulevard Clichy, en el primer piso de un elegante edificio de reciente construcción.

Un criado me hizo atravesar por una sala muy desordenada y me introdujo en la cámara mortuoria, que estaba vacía cuando yo entré.

Extendida sobre un amplio lecho, en medio de la habitación, yacía la señora de Paris, amortajada con su traje de novia. No le faltaba detalle, y la blancura de la guirnalda de azahares que adornaba su cabeza, formaba vivo contraste con el color sombrío de sus cabellos,—los más admirables que he visto en mi vida.

La estancia estaba vagamente iluminada por la luz mortecina de los cirios, bajo cuyos reflejos comencé a dibujar el perfil de la muerta, sentado a los pies del lecho.

Ya estaba mi bosquejo bastante adelantado, cuando un hombre como de cuarenta años, vestido de negro, entró lentamente en la habitación. Demostraba honda pena y oprimía nerviosamente contra su boca un pañuelito de batista.

Pensé que sería el señor Paris, e incliné la cabeza.

El hombre me devolvió mi saludo mudo, contempló durante un rato a la muerta, observó un momento mi dibujo y salió del cuarto sin pronunciar una palabra.

Al cerrarse la puerta, se produjo una corriente de aire tan fuerte, que las llamas de las bujías, inclinándose bruscamente, rozaron el velo de tul.

Me levanté con rapidez y alejé los cirios de la cama. Ya de pie, contemplé un momento el rostro de la muerta.

Así, de frente, se veía errar sobre sus labios una sonrisa que no se notaba de perfil. Era el pliegue de esa fina ironía que vaga por la boca de las mujeres de Leonardo.

La inmovilidad del resto de la cara, la calma serena de las facciones en reposo, contribuían a aumentar el enigma inquietante de esa sonrisa. Mucho me sorprendió no haberme dado cuenta de ella desde el principio, y sentí haber empezado el boceto de perfil.

Apenas me volví a sentar, se abrió la puerta por segunda vez y sentí que alguien que se había acercado miraba por encima de mi hombro.

Levanté los ojos, y por el espejo del tocador, vi un segundo personaje, poco más o menos de la edad del primero, y, como aquél, vestido de negro. Tenía los



SRTA. ISABEL LIAO
Hija del Sr. Ministro de la República China, que contraerá nupcias este mes con el Sr. Dr. Samuel Jing Wing Chau.

Fot. Godknows.

brazos cruzados en la espalda y en sus ojos se veían huellas de lágrimas.

Yo pensé: Este debe ser *hermano* del señor Paris, a menos que me haya equivocado hace un momento y que este segundo doliente sea el mismo Paris, o un hermano de la señora.

Miré un momento al hombre de los ojos llorosos. No se parecía ni a la muerta ni al primero que penetró en la habitación, y, como aquél, se contentó con saludarme profundamente, y después de unos momentos de contemplación, se alejó silencioso.

Continué trabajando por espacio de una hora.

Ya iba a cerrar mi caja, cuando el criado vino a advertirme que la familia había llegado y me suplicaban que interrumpiera la sesión. En una carta que me entregó al mismo tiempo, el Sr. Paris me rogaba que empezara el cuadro en seguida.

El vendría a ver el boceto a mi taller, pasados diez o doce días, y me suministraría entonces todos los datos que me fueran necesarios.

Hacía tiempo que yo había sacado todo el partido posible del bosquejo y de unos retratos antiguos de la señora de Paris, cuando, una mañana, se me presentaron los dos señores con quienes tuve entrevistas mudas el día de la muerte.

Noté que ambos vestían de luto riguroso y que llevaban cadenas de reloj iguales, trenzadas, sin duda, con esos hermosos cabellos oscuros que yo había admirado tanto.

Los dos se colocaron ante el caballete en la misma actitud de pena y menearon la cabeza.

—Les suplico, señores—me apresuré a decirles—que me confíen todas sus impresiones francamente, omitiendo toda clase de miramientos para mi vanidad de artista. Este es el retrato de una persona que no conocí viva. Hasta ignoro el color de sus ojos. Ustedes, que tan íntimamente...

Ambos se inclinaron. Yo proseguí:

—Ahora voy a apuntar todas sus indicaciones. Los escucho con mucha atención. Hablen.

Estuvieron hablando durante más de media hora, cortándose la palabra con frecuencia.

Yo, mientras tanto, iba anotando sus observaciones, confundidas unas con otras, y como ignoraba sus nombres, se me ocurrió designar a uno por la letra A y al otro por la B.

Con estupor profundo, me fuí dando cuenta poco a poco, que cada uno de mis dos clientes había conocido en la misma mujer, una persona completamente distinta.

La amiga de A era más bien rubia que morena. Tenía una frente casta, y sus ojos azules, de limpidez extraordinaria, miraban tímidamente, cargados de inocencia, mientras su boca sonreía con ingenuidad deliciosa. De toda ella se desprendía una dulzura exquisita y tierna.

La amiga de B, más bien morena que rubia, tenía ojos verdes y cejas pronunciadas. Había intensa pasión en el brillo de sus ojos y en la humedad de sus labios incitantes. Era sensual, caprichosa, violenta y muy celosa.

Sorprendido, miré a los dos amigos. De buena fe creían entenderse. Movían la cabeza con gestos de aprobación y no se daban cuenta que en todo se contradecían.

Conteniendo la risa a duras penas, pregunté al hombre que había conocido la mujer rubia:

—Usted es el Sr. Paris, ¿verdad?

El marido de la muerta se inclinó, diciendo:

—El mismo, y este señor es un amigo de la niñez, el compañero de toda mi vida. Dispense que no lo haya nombrado antes... el Sr. Raoul Julien.

No me había equivocado. El amigo de la niñez era el que había conocido la mujer morena.

Como no teníamos más nada que decirnos, se despidieron, dejándome solo con el cuadro.

Y mientras ellos bajaban la escalera, yo me decía con angustia:

—¿Cómo lograré nunca dejar complacidos a los dos?

De pronto, me vino el recuerdo de aquella sonrisa de discreta ironía que yo había notado en los labios de la muerta.

Fué un rayo de luz.

Seguramente—pensé—es imposible que el marido y el amante no hayan sorprendido alguna vez esa expresión burlona en su boca. Ya sé cómo tengo que pintarla para ponerlos de acuerdo.

Y desdeñando estudios y fotografías, te he pintado con esa sonrisa inquietante, ¡oh, muerta misteriosa!, tal como te conservaba mi recuerdo.

Ante tu retrato, ellos han exclamado:

—Esa no era su expresión habitual, pero a veces sonreía así. Estamos satisfechos, señor Maze.

Así te han colocado en la pared de tu sala.

Y por las noches, sentados muy juntos, en esa pieza que nunca más volverá a alegrar el fru-fru de tus enaguas, ellos contemplarán durante horas tu enigmática sonrisa, ¡oh Gioconda misteriosa!, dos veces mujer, que te fuiste sin revelar a ninguno el secreto de tu corazón.

La bella fotografía de la página de enfrente, es de la famosa *diva* Geraldine Farrar, dedicada a los lectores de SOCIAL.

La inimitable "Madame Butterfly" nos visitará el próximo Mayo, con la gran compañía de ópera de Segurola.


Greetings to "Social"
1920

MAL SENDERO DE AMOR

Por FELIPE PICHARDO MOYA

Realmente, cuando conocí a aquella mujer me encontraba ya un poco viejo para andanzas de amor. Había vivido la mayor parte de mi vida, y sentía, sobre todo en el alma, el frío de la soledad que me iba invadiendo como una enfermedad hereditaria. El orgullo, mi orgullo que fuera siempre mi única virtud, a veces flaqueaba, como flaquea la severidad de un padre anciano ante las calaveradas de un hijo tardío; así pudo ella escarbar en mi corazón, con sus rosadas uñas de hiena, para desenterrar mi amor. ¡Blanca, blanca y pequeña María Rosaura, que hiciste arder en mi alma la última llamarada de amor: quiera Dios que tus ojos, aquellos ojos en los que cabrilleaban dos puntos de esmeralda, tengan un luminoso parpadeo cuando, al leer esta historia reviven la imagen algo fatua y toda noble, de aquel buen amigo tuyo, que no supo permanecer indiferente, a pesar de sus años, ante tu mágica acechanza!

II

Fué una clara noche invernal, toda claveteada de estrellas, que conocí a María Rosaura. Era blanca, —con la rosada blancura de las mujeres del Tiziano,— de un rubio pálido, y con los ojos verdes. Su voz era ronca, como impregnada de llantos; y era aquella voz, sí, únicamente aquella voz dulce, aquella voz hecha para arrullos de amor y para oraciones profanas, lo que diera a sus palabras, siempre, un acento de sinceridad que pudo más que toda mi pobre experiencia de mundano escéptico.

Yo había sentido por una amiga de María Rosaura una de esas impenitentes curiosidades que casi siempre las mujeres toman por amor; y cuando María Rosaura me conoció, recordaba mi nombre como el de uno de tantos amables remedos de aquel pobre burlador de Sevilla, que al fin fué burlado, como es suerte de todos los burladores. Además conocía ella la historia de mi abuelo, un viejo muy viejo cuyo nombre me habían puesto, y que iba todos los jueves al Santísimo en su quitrín, dando citas a sus amigas en las naves de las iglesias. Y me acogió, así, María Rosaura con una profunda desconfianza, sobre la que ponía su voz de llanto una emoción de alas de ruiseñor,

III

Yo no puedo deciros ahora, después de tanto tiempo como ha pasado, si María Rosaura llegó a sentir por mí ese cruel sentimiento que se llama amor: ¡era tan prodigiosa aquella alma, que en su voz de llanto se escondía como en una niebla invernal y crepuscular! Os aseguro, sí, que nada puedo opinar sobre aquella mujer que tanto amé, por la que tanto padecí, esclavo de sus volubilidades, encadenado a su dominio con firme devoción. De mí sé deciros que amé, puesto que es amar poner el pensamiento en una persona, y en sus alegrías las propias alegrías, y las propias penas en sus penas. La amé con un amor intenso y apasionado; con un amor que ella miró arder deshojando sonrisas.

IV

Fué una noche clara y primaveral cuando por primera vez me ofreció María Rosaura sus labios, cediendo a mis ruegos. Me los ofreció cerrando los ojos y poniéndose roja, como en un emocional minuto de iniciación. ¡Yo había visto besar a muchas mujeres, y no vi en ninguna de ellas aquel gesto inocente y pudoroso; no lo vi ni en las niñas recién salidas del colegio ni en las actrices que el otoño hacía arder en llamaradas de incendio, y que sabían poner en el menor gesto amoroso todos sus recuerdos del escenario!

Fué una noche clara y primaveral; y la luna fué para mí más brillante, con su pálido brillo de nácar. Aquella noche comenzó nuestro rápido poema amoroso. ¿Cómo era María Rosaura? ¿Creyó que como a otros podía encadenarme por el solo dominio de la carne, a mí, que veía ya platear mis cabellos, y como un sediento buscaba latir los corazones debajo de las carnes de rosa? Aquella mujer jugó con mi corazón, y siempre con su voz de llanto que me hacía creerla, y con sus gestos pudorosos cuando me ofrecía sus labios, en los que realmente parecía ofrecer la vida.

V

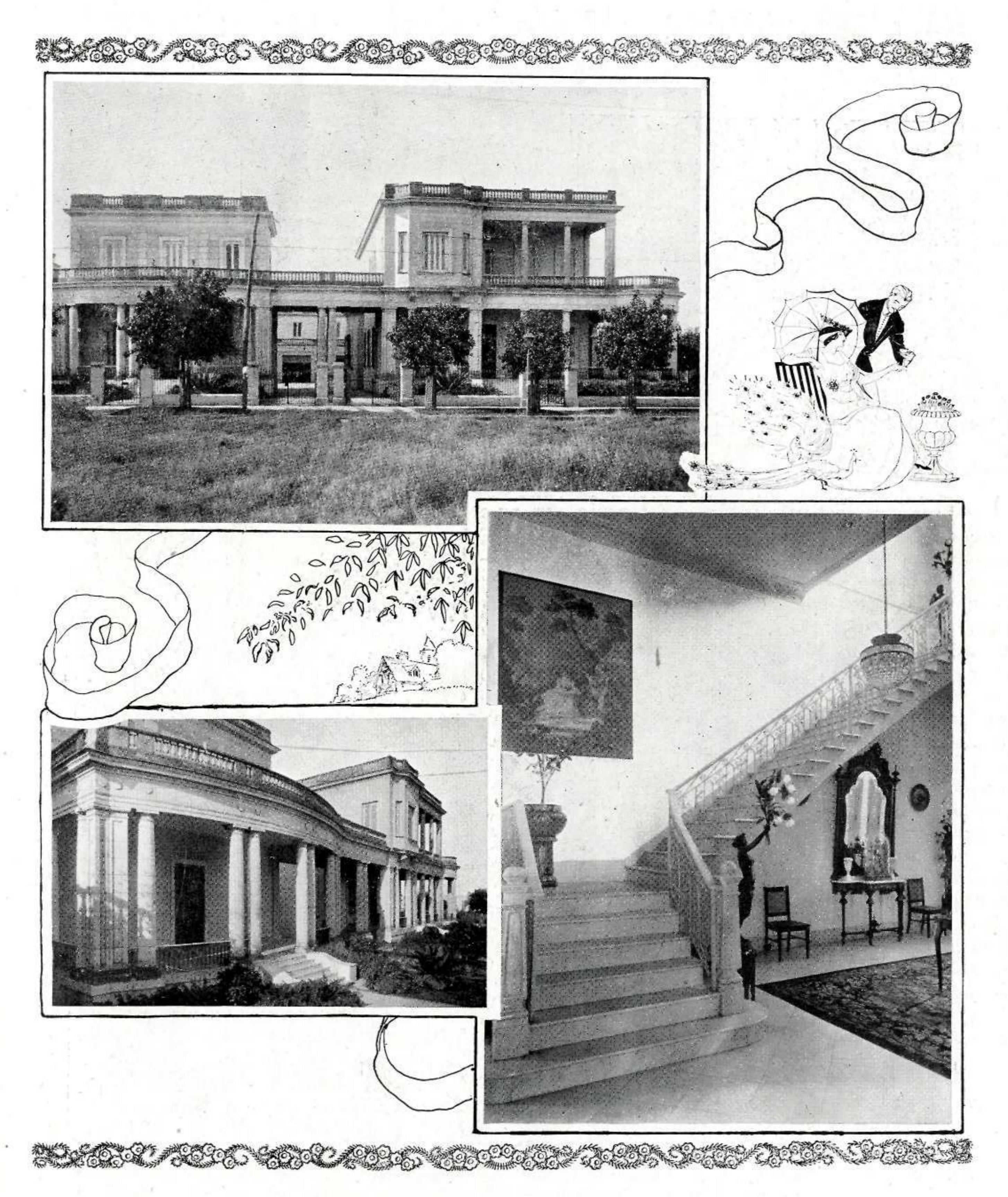
Otra noche como aquella noche de plata en que me ofreció sus labios, yo vi a María Rosaura representar la misma escena, y conocí mi engaño. Era un joven, un joven de cuerpo y de alma, que había venido de una tierra extraña, una tierra indómita y salvaje, cuyos hijos conservaban aún bajo las pecheras de los fraques, impetuosidades de volcanes.

¿A qué detenerme en esta vulgar escena, que me hirió con la herida que aún sangra, después de tantos años? Yo vi cerrarse los ojos de María Rosaura, y vi cómo sus labios se ofrecían con íntimo deleite. ¡Y oí su voz, su ronca voz de llanto, que hablaba de amor!

Yo había conocido a muchas mujeres, y demás está decir que fuí engañado muchas veces. ¡Pero aquella vez, Dios mío! Era mi juventud, que al irse se llevaba mi corazón! Me quedó sangrando, y todavía sangra mi alma cuando oigo una voz como aquella voz de María Rosaura. ¡Era mi corazón que se iba, con el funeral acompañamiento de una carcajada! Era mi ensueño,—mi postrer ensueño!—Desde entonces, miro a las mujeres como a hermanas que el amor extravía, y algunas se acogen a mis canas doloridas, y yo las aconsejo como un padre. Se fué el Amor, se fué el Ensueño. Yo lo hubiera soportado; pero no pude sufrir,—no puedo sufrirlo aún—que también, con el Amor y con el Ensueño, se fuera Ella... ¡Todo, todo lo perdí una noche! Sólo me queda su recuerdo, como un lebrel que siguiera mis pasos!

La Habana.

ARTE ARQUITECTONICO



Residencia de los Dres. Antonio Sánchez de Bustamante y Antonio Arturo S. Bustamante y Pulido, en la calle de Paseo (Vedado).

Arquitectos: Morales y Mata.

Fot. American Photo Co.

POR QUE VAN LOS VIEJOS AL CIRCO...



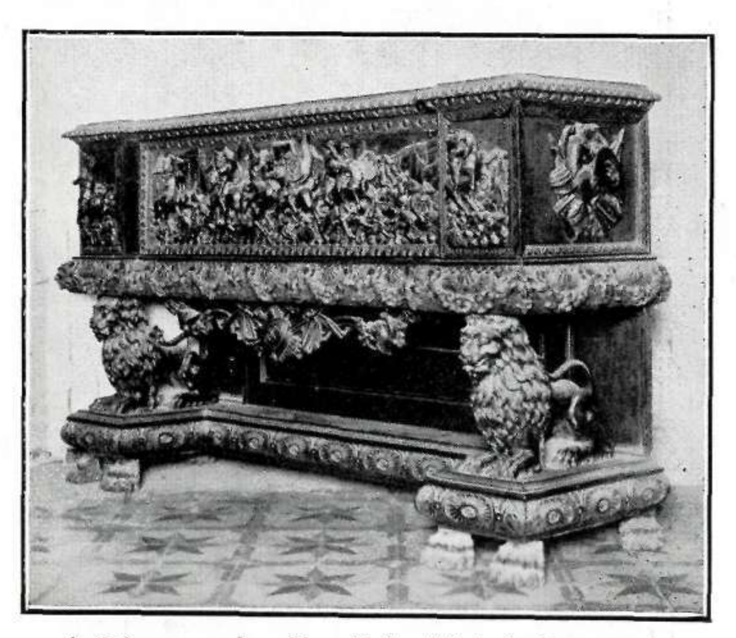
La bella Amelia Vonelt, notable trapecista; Miss Hamneford, aplaudida acróbata y bailarina y Mlle. Flor D'Aliza, la "domadora" de los gallos de Monsieur Torcat. Esta trilogía de gracia la aplaude el público este mes en el Circo de Santos y Artigas.

Fot. Unity, Boussum y Reid.

ARTE DECORATIVO

Esta fotografía es parte de un cuarto dormitorio Estilo Luis XVI; las camas están elaboradas con madera de acacia con incrustaciones placque puestas en las cabeceras. Estas camas comunmente se pintan del mismo color usado en el decorado interior del cuarto. La cama no tiene barandilla a los pies; la cubierta es de terciopelo con un brocado en el centro. Como el terciopelo es color rosado, en la fotografía aparece obscuro. La combinación entre lo gris de la madera y el rosado, le dan una apariencia agradable. La cornisa que aparece arriba, adornada con cortinajes, es hecha de plata antigua, adornada de flores, en el medio. El espejo que se halla entre las camas, también añade un efecto muy interesante al conjunto del cuarto y refleja en él la lámpara que se halla en el lado opuesto. Todo este trabajo ha sido ejecutado por los Sres. H. F. Huber & Co. en sus talleres situados en 13 East 40th. Street, New York, City.

Fot. Huber.



Artística mesa de roble tallado, fabricada hace trescientos años, y que ha adquirido Mr. Kennedy, Jefe de la Havana Advertising Co. para su residencia del Estado de New York.

Fot. Social.

CRONICA HIEMAL UNA NOCHE DE OPERA

Por FRANCOIS G. DE CISNEROS.

Huelga mencionar el nombre de los artistas y la escuela de la labor; no importa si el tenor era un ardiente napolitano de voz de oro o un tudesco de dicción impecable o si la soprano era una panzuda wagneriana o una esbeltísima piamontesa; solo puedo jurar que fué en una noche lírica del máximo coliseo neoyorkino, ese monumento color de crema que por fuera parece un garage y por dentro una tumba asiria.

Solo recuerdo que era lunes y los programas con esa vanidad del norteamericano publicaban los nombres de los abonados de turno, toda la formidable financia de Wall Street y los Cuatrocientos multiplicados varias veces, obesos señores adormilados por el sueño de las buenas digestiones, herederas envueltas en sedas y pieles, casi todas feas, hundidas en los sillones rojos mostrando vacíos senos y flacos brazos.

Cinco minutos antes de las ocho ocupaba mi butaca, solo, temeroso, tímido en una fila interminable de asientos vacíos, mientras en los pisos altos y detrás de la balaustrada se apilonaba una muchedumbre entusiasta y mal vestida.

El Director fué saludado por la *claque* y quedó a oscuras el coliseo. La maravillosa orquesta comenzó un preludio *pianissimo* comentado por los clarinetes y las flautas; y todos los palcos vacíos, parecían abiertas bocas rojas en tediosísimos bostezos. Un delicioso pasaje de *violoncello* fué ahogado por una familia que ocupaba los sitios vecinos al mío. Fué un tremendo *frou-frou* de sedas, un desplome de abrigos de pieles, una discusión en voz alta sobre la bondad de los asientos.

—Estos son los que yo quería—graznó el jefe de la familia, un señor apoplético y con guantes blancos que le molestaban pero que la etiqueta imponía tal sacrificio.

—Debajo del palco de los Vanderbilts—repuso la esposa.

—No—dijo una de las niñas—los Vanderbilts tienen el palco cinco, ese debe ser el de Mrs. Phillip Lydig.

—Que llega siempre a la mitad del segundo acto—repuso un joven que las acompañaba.

Y como buen ciudadano comenzó una lectura en voz alta de los abonados. La overtura rugía en los cobres los temas de los personajes líricos que debían aparecer más tarde y por todos los corredores trotaban en busca de sus asientos gordas matronas, cansados comerciantes y entusiastas jovencillas.

A mi lado siniestro se arrellanó una fila de muchachillas doncelles que constituían un *theatre party* por todo el teatro: era una debutante del año que obsequiaba a sus compañeras de colegio.

—Esta es la primera vez que vengo a la ópera—susurraba una *blondinette* de veinte años.

—Pues yo he oido a *Cruso* y he oido la *Cavaleri.*

Creí que se trataba de la bella Lina, en cambio se refería a la obra de Mascagni.

—El primer piso es el famoso *diamond horse shoe!*

—Sí—contestó uno del *party* que estaba dos o tres filas detrás. Vdes. verán la tiara de doscientos mil pesos de la Sra. Astor y las perlas de medio millón de la Sra. Otto Khan.

La orquesta lloraba una muerte que aun no había acaecido y los abonados a luneta comenzaban a llegar: delante de mí dos caballeros con lentes colgando de anchas cintas como cordones de zapatos, se saludaban con frases enigmáticas.

—El acero seguro pero el amalgamado de cobre titubea: yo casi creí que se trataba de algún barítono debutante o de una contralto recién llegada.

—V. no vino el lunes pasado a *Efigenia en Tauride?*

—Oh no, gracias. Los cantantes alemanes me irritan los bronquios. Yo soy de la vieja escuela del *Elixir d'Amore.*

La exquisita cortina amarilla se abrió y ante mis ojos atónitos se presentó una moscovita aldea llena de gente de armas que comenzaron un grandioso coral.

Uno de mis vecinos sacó una varita negra que difundió un círculo de luz y comenzó a leer el reparto de la obra.

—Yo creí que cantaba la Farrar!

—¿Quién es aquel gordo de barba negra que *flirtea* con la Alda?

—*Amatoe!*

En el primer piso un palco se había ocupado; pero las damas comentaban algo; pensé que tenían vergüenza de haber llegado tan temprano.

Al pujante *sol* natural del gran baritono un clamoreo surgió de la *infantería*, acallado por los *siseos* de los que detestan el aplauso en el medio de los actos.

—Esos *degos* echan a perder todo con sus entusiasmos intempestivos—dijo uno de los abonados.

—A los artistas no les gusta que los interrumpan!

Yo sonreí piadoso pensando en el orgullo de los cantantes, en tanto el artista aclamado olvidándose que era un príncipe ruso se deshacía en *cabezazos* y gesticulaciones de contento.

Un grupo de italianos que se apoyaba al rojo muro, temblaba de placer.

—*Accidente. Che vocione e che belli acuti!*

—*A me mi piace piu la voce di De Lucca, e piu morbida...*

Unas viejas que leían *el libreto* les impusieron silencio con exclamaciones aun más fuertes; en tanto la cortina color de oro se cerraba, sobre la fortaleza del Pruth y un aplauso fuerte se alzó de todos los rincones del teatro.

Los cantantes sujetos de las manos como si tuviesen miedo de caerse, aparecieron ante el esplendor de las candilejas e hicieron una serie de genuflexiones a los palcos vacíos y algunos lanzaron besos a los entusiastas de la *cazuela.*

El *theatre party* de mi lado se congregó.

—*How sweet is Alda!*

—Pero cuál es el tenor?—interrogaba una vivaz morenita.

—El que se pone la mano sobre el corazón cuando canta.

Vendedores de argumentos aparecieron voceando nasalmente por treinta y cinco centavos—*words and music!*—y todos los gemelos se alzaron hacia las primeras familias que entraban.

—Ese que entra es George Rives con su hija Mildred.

—Ah! la que se va a casar con Frederick Marquand Godwin.

—Y al lado los Phipps.

—Llegó. Esa señora vestida de negro cubierta de esmeraldas es la esposa de John Drexel con la Sra. Harriman y la hija Carol.

—Y la de blanco—¡qué raro!—después del luto de la madre—es la Sra. James Duke.

Otra tanda de aplausos: llegaba el Director de orquesta y el segundo acto comenzó. De palco a palco se oían las conversaciones coreadas con reprimidas risas y en el rumor de tantas voces un magnate tártaro con voz de bajo cantaba algo que nadie se ocupaba de oir.

Los de la entrada general *siseaban* imponiendo silencio y los italianos furiosos alzaban la voz.

—*Non si sente con tutte quelle chiachere ne; polch*

Mi vecino volvió a desenvainar su luz eléctrica para leer el nombre del bajo.

—Didur!—gritó a toda su familia.

—Ese es el crítico del *Sun*—murmuró uno de los *dilettanti.*

Un señor verdoso con un rojizo bigotito se sentó al fin de la fila; pero después de unos segundos cambió de idea y se marchó.

—Así hace todas las noches. Apenas un cuarto de hora y después escribe lo que quiere.

La parvada de debutantes mascaba caramelos con un rumor de papeles desenvueltos y el señor apoplético respiraba fuerte perfumando la atmósfera con un olor a *whiskey* y a patatas con cebollas.

—Aquel señor de barbas negras que parece un poeta es el Director *Gari-Casusa.*

Yo recordaba los días de la *Scala*, cuando el inteligente *regisseur* Sr. *Gatti-Cassaza* ganaba mil duros por la temporada y ahora se rellena los bolsillos con cuarenta · ·os mil dollars del tesoro de Washington.

Continúa en la página 44.

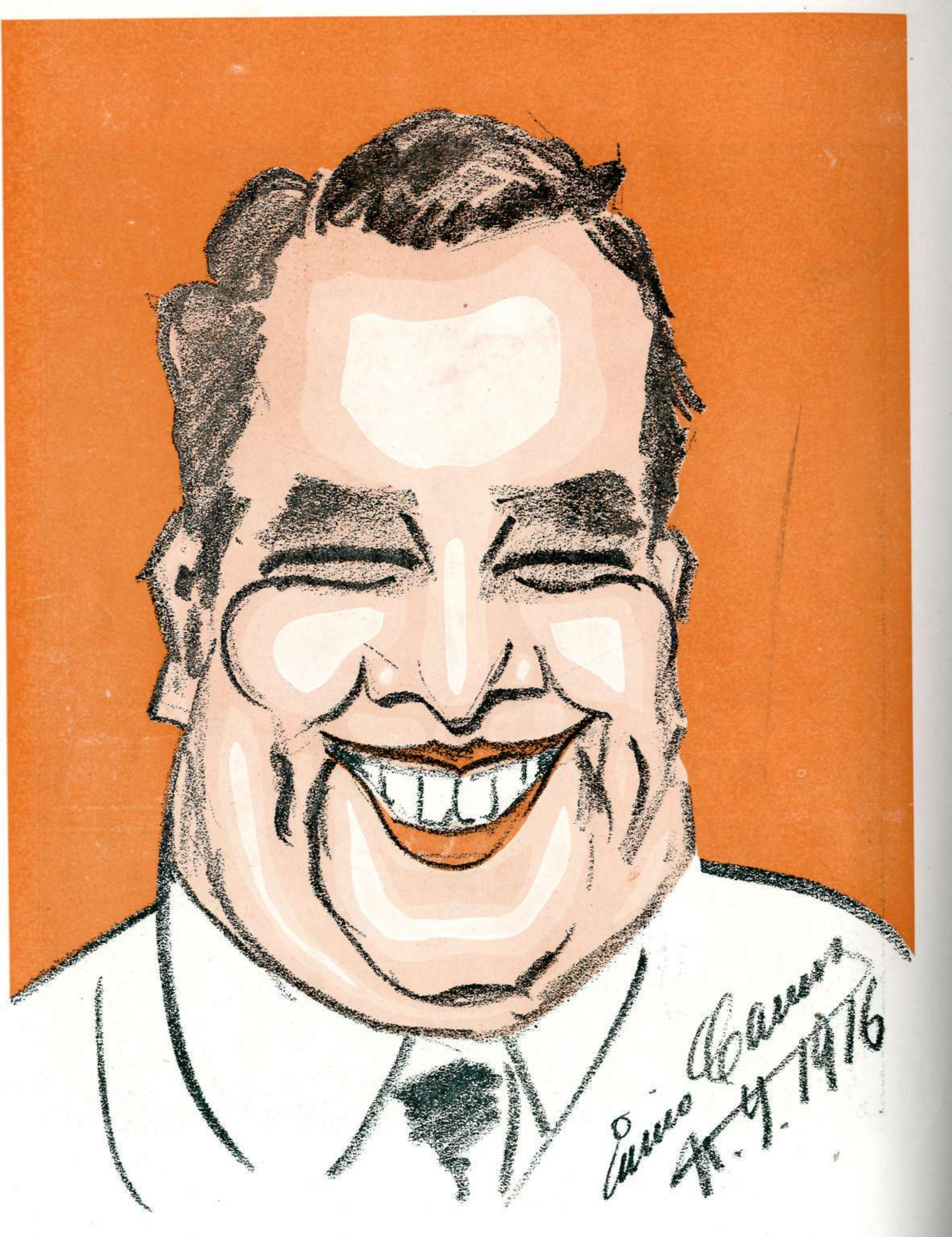
ELLOS



GENERAL DR. FERNANDO FREYRE DE ANDRADE

Ex-Alcalde de la Habana.

Caricatura de MASSAGUER.



MASSAGUER por CARUSO.

En su reciente viaje a la ciudad de los Vanderbilt, tuvo nuestro director la oportunidad de conocer al eminente cantante italiano.— Fué presentado por el amable caballero Dr. Pelayo García, en el lujoso "appartment" que tiene el "divo" en el "Hotel Knickerbocker." Y he aquí en esta página, la artística huella que dejó la entrevista del señor Massaguer, con el rey del "bel canto", que es príncipe también del difícil y complicado arte de Sem y Caran d'Ache.

En su reciente viaje a la ciudad de los Vanderbilt, tuvo nuestro director la oportunidad de conocer al eminente cantante italiano.— Fué presentado por el amable caballero Dr. Pelayo García, en el lujoso "appartment" que tiene el "divo" en el "Hotel Knickerbocker." Y he aquí en esta página, la artística huella que dejó la entrevista del señor Massaguer, con el rey del "bel canto", que es príncipe también del difícil y complicado arte de Sem y Caran d'Ache.



CARUSO por MASSAGUER.

ARTICULOS DE IMPORTACION

LOS PELIGROS
DE LA GUERRA

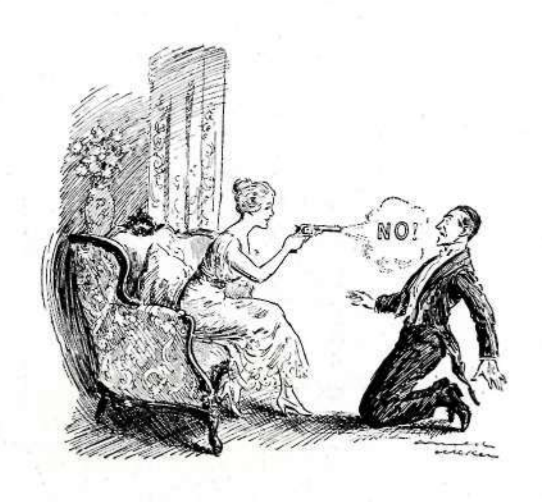


Mamá, celosa.—Más seguro estuviera mi pobre "niño" en las trincheras.

(Dibujo de Orson Lowell).

Life, New York.

NOTA GRAFICA

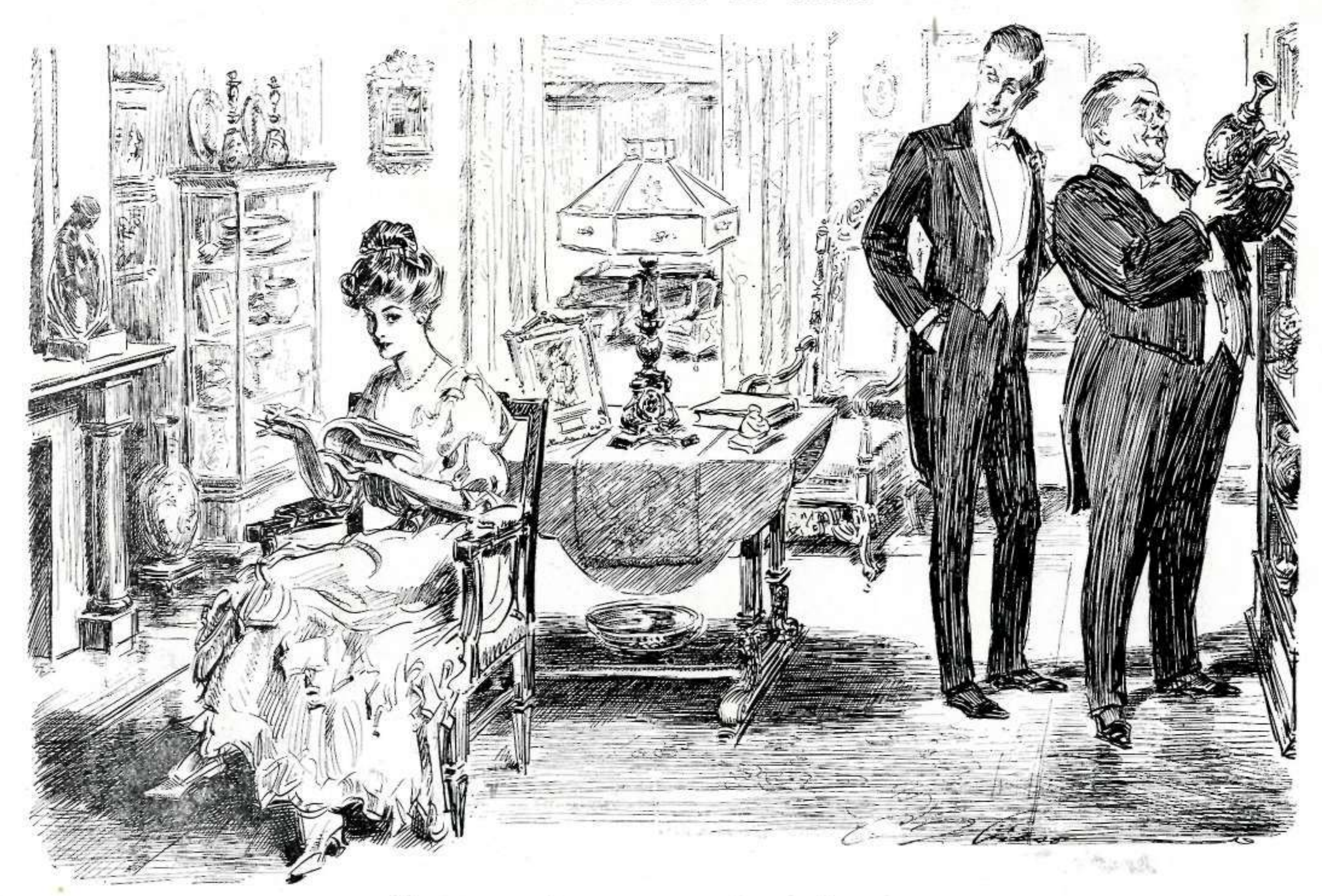


Cómo le pareció a Pepito el *¡no!* que le dió Cusita...

Life, New York.

(Dibujo de Walker).

CADA LOCO CON SU TEMA

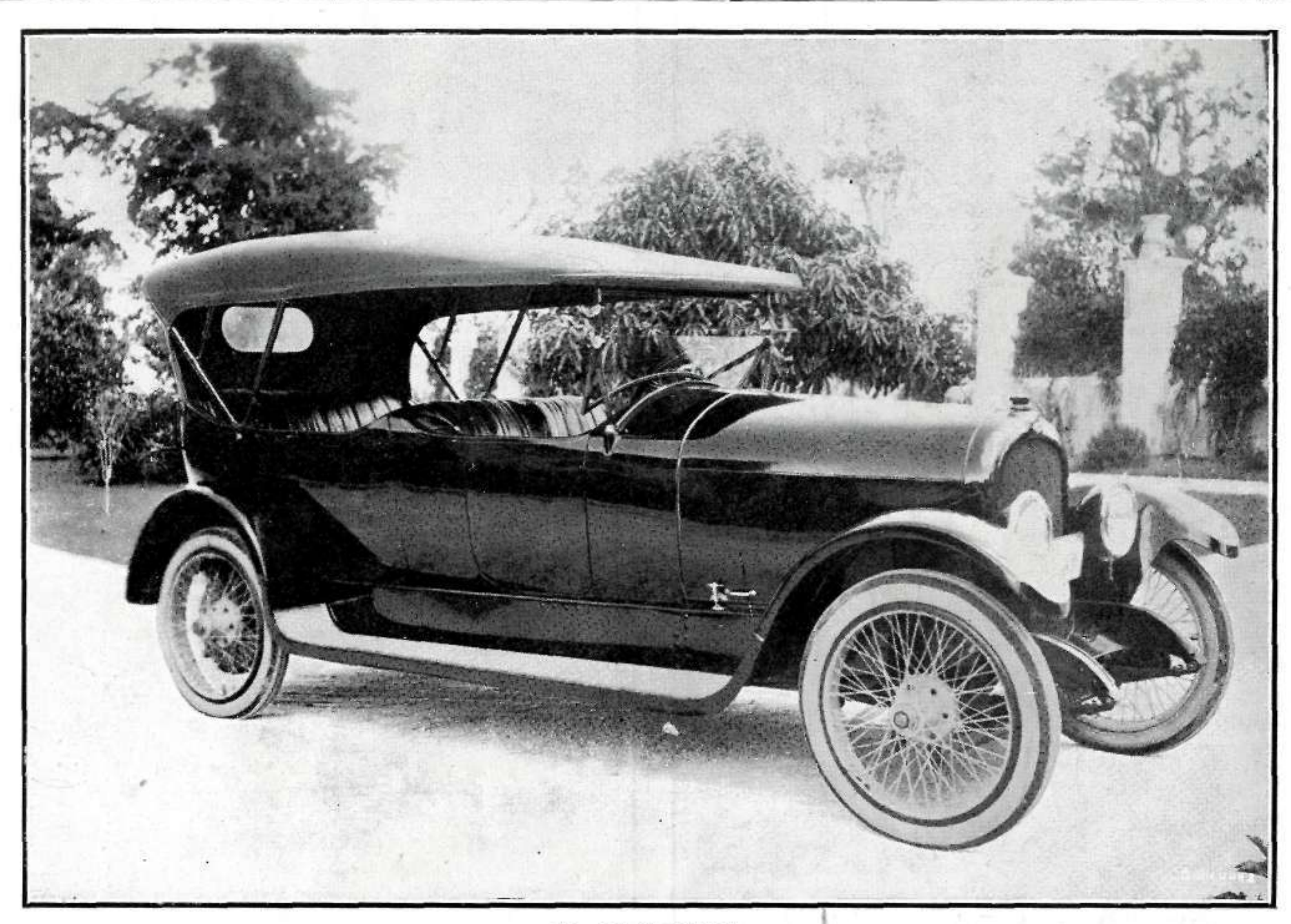


El visitante.—Para gustos, se han hecho colores.

(Dibujo de C. D. Gibson).

Life, New York.


Super Coches Hudson
Los coches cerrados Hudson de la nueva serie —fabricados sobre el chassis único "Super-Six"— justamente han sido denominados "Super-Coches". Con motivo de su producción limitada resultan sobresalientes su calidad y distinción individual.
A pesar de su precio moderado de venta, el estilo, material y finición de los "Super-Coches Hudson", son de una excelencia sin igual.
Los favorecedores de coches cerrados que han sido acostumbrados a pagar altos precios, quedarán asombrados al encontrar tanta belleza y lujo por un costo relativamente tan reducido. El secreto de la habilidad de la compañía Hudson al producir estos valores excepcionales, está basado en su gran producción de coches abiertos. Los fabricantes que producen en conjunto un pequeño número de coches, no pueden reducir los costos de materiales, gastos generales y mano de obra, hasta el límite que permiten dichos precios moderados.
La simple descripción o ilustración de los coches es absolutamente inadecuada para dar una idea de sus muchos rasgos atractivos. Hay que ver el coche antes de poderlo bien apreciar.
Hudson Super-Six Limousine..... $3,775
en la Habana.
Y también Town Cars y Landaulets.
LANGE & Co.
PRADO 55
HABANA, CUBA
TELEFONO A-8614
HUDSON SUPER SEIS



EL MARMON

El último modelo de la popular marca, que representan Frank G. Robins Co.

LOS COCHES CERRADOS

En una revista profesional, encontramos estas notas sobre los coches cerrados:

Entre los numerosos y variados modelos de coches que se han presentado en el mercado automovilista, ninguno ha venido a llenar las necesidades sociales como los coches cerrados denominados "limousine" y "landaulet", de los cuales nos vamos a ocupar a continuación.

Hicieron su aparición estos tipos en las capitales europeas, y fué tanto el entusiasmo que estos coches despertaron, que en muy breve tiempo se hicieron indispensables para todos los actos en que tomaba participación la más distinguida sociedad, y en la actualidad han llegado a ser los sustitutos más apropiados dentro de la vida moderna, no solo en Europa, sino en todas las ciudades del mundo civilizado, del conocido equipaje denominado Cupé, equipaje que, como es sabido, era usado por las más encumbradas familias, muchas de las cuales conservan aún estos coches, por tradición, pero reconociendo la supremacía de los coches "limousine" y "landaulet", que son los que a diario usan.

Ningún otro vehículo, hasta la fecha, ha podido superar las condiciones exquisitas de estos coches, que son usados como base principal e indispensable requisito, característica de todas las familias distinguidas, en los paseos por la ciudad, para visitas, teatros, recepciones, etc., etc.; y por su comodidad, distinción y elegancia, han sido sancionados como el "coche ideal" para tales actos.

El chassis sobre el cual ha de ser montada una carrocería tipo "limousine" o "landaulet", se ajusta, por su construcción especial, al uso a que ha de ser dedicado, y los ingenieros de muchas manufacturas europeas y americanas han consagrado largo tiempo al estudio de estos tipos de coches, adaptando sus motores al peso de la carrocería, a fin de que guarden la proporción debida y dándole la fuerza más apropiada y conveniente para los fines a que han de ser dedicados.

La carrocería de estos modelos es elegantísima, de líneas perfectas, y concuerda admirablemente con el lujo y el confort de la decoración interior de los mismos, pudiendo decirse con absoluta propiedad, que todos y cada uno de los detalles de estos coches, aún aquellos mas pequeños e imperceptibles, han sido objeto de un estudio acabado y llevan el sello del más refinado de los gustos, siendo su conjunto la satisfacción, en su grado máximo, de toda persona elegante y distinguida.

El coche tipo "landaulet" es muy parecido al tipo "limousine", sólo se diferencian en que la carrocería del primero es plegadiza y puede ser descubierta casi en su totalidad en cualquier momento, mientras que la carrocería del segundo es completamente cerrada, pero ambos reunen las mismas comodidades y son usados indistintamente para un mismo fin.

Pero la superioridad que más encanta y que mayor prestigio ha dado a estos coches, consiste en que conservan y aún le dan mayor relieve a la toilett sin que por ninguna circunstancia, ya sea por la lluvia, ya por el polvo o por lo que ocasiona con más frecuencia la descomposición de la misma, la niebla, puedan alterar en lo absoluto, ni la belleza de las mujeres, ni la elegancia de sus trajes, ni la perfección de su tocado, susceptible en sumo grado, a toda influencia atmosférica, pues la disposición de sus carrocerías, con sus ventanillas de cristales corredizos, perfectamente ajustados, no permite que los pasajeros se vean obligados a sufrir estas consecuencias, como sucede generalmente cuando se usa como medio de transporte cualquier otro coche.

MODAS FEMENINAS



Ahora que estamos en plena estación de bailes y ópera, estos modelos se publican oportunamente. Son creaciones de la casa neoyorkina de Giddings.

Fot. International Film Service.



No olvide que al bailar, todos

le miran el calzado

USE

BANISTER



"LA GRANADA"

OBISPO Y CUBA

Mercadal y Ca., S. en C.



Recuerde que el noventa

por ciento

va a la ópera por verlas

a

ustedes...

USE EL CORSET

Bon Ton
CORSETS

y le lucirá bién

a "él"



Modelo de traje de baile, de la casa Giddins.



Capita para traje de baile, modelo de Giddins.

Fots. International Films Service.

El alma suprema

Por PARAMATMA.

Nada existía entonces: nada visible; nada invisible. Ni aire, ni cielo. ¿Dónde estaba el mundo? ¿En qué depósito inmenso estaba contenida el agua? ¿Dónde estaban las altas bóvedas del firmamento?

No había absolutamente nada de muerte ni de vida. Nada anunciaba el día ni la noche. No existía la aurora coloreada de nácar ni el crepúsculo dorado.

Las tinieblas estaban envueltas en tinieblas. Todo estaba confundido. El Sér reposaba en el seno de ese caos y el gran Todo vacío por la fuerza de su piedad.

El amor estaba en él y de su esencia surgió el germen fecundo.

Los sabios de la creación llegaron a unir lo visible y lo invisible. Eran grandes, eran como un fuego ardiente, cuya llama se eleva hasta el cielo.

¿Quién conoce esas cosas? ¿Quién puede contarlas si no es Aquél que es el primer autor de la creación? ¿Qué otro, que no sea él, podría sostenerla? Solamente Aquél que desde lo alto del cielo tiene sus ojos puestos en el mundo lo conoce.

Un epitafio

Por FROILAN TURCIOS.

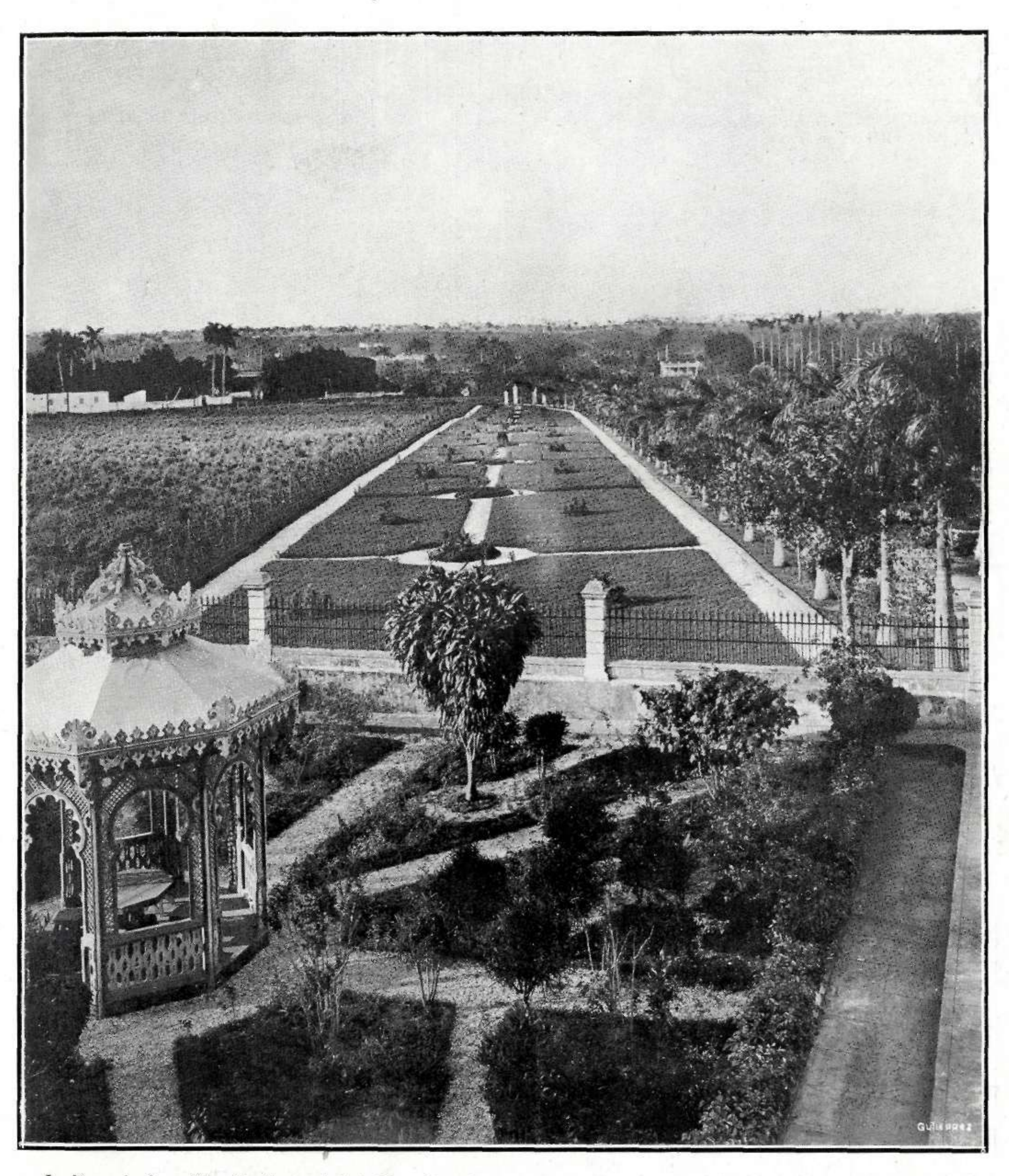
Este divino epitafio de Keats vale por un poema. Así es de intenso y de sutil. Sus once palabras son como once perlas milagrosas. Evocan mil imágenes muertas, mil sueños desvanecidos: todo un mundo de áridas desolaciones y de inútiles esperanzas.

En esa sugerente frase funeral ondula un alma de tormento, víctima de un negro destino: pasa el dolor como una sombra, pasa la vida como una sobra...

...Surca una vela blanca el piélago azulado que no tiene horizonte. La tarde es de amaranto y el cielo una fúlgida turquesa. Las ondas gimen vagamente, y llevan a la memoria dulces canciones de la infancia. Y se piensa en el vacío de las horas que fueron y que se repiten siempre—como los matices del crepúsculo—monótonas y tristes...

Aquí reposa un hombre cuyo nombre fué escrito sobre el agua. Esta línea es un largo suspiro, una pena que se inmortaliza sobre una lápida marmórea, un asfodelo sideral sobre un sepulcro. Revela un espíritu, una idea, una desilusión... Es como un hilo de lágrimas.

Las flores



Jardín en la finca "América", propiedad del ex-Presidente de la República, General José Miguel Gómez, obra de la famosa firma Carballo y Martín, propietarios del Jardín "El Fenix."

Fot. Social.



OCTUBRE SOCIAL

EVENTOS.

25.—Banquete en Miramar en honor del Dr. Raimundo Menocal por su nombramiento para Secretario de Sanidad.

31.—Llegada de los primeros caballos y jockeys para la temporada hípica del Oriental Park.

COMPROMISOS.

—Nena Pessino y Saavedra, pedida por el joven Guarino Fuentes y Duany.

—Adriana Martínez, por Arturo Hevia.

—Silvia Martínez, por el Dr. José de Jesús Portela.

—Lucrecia de Cárdenas, por Juan Manuel O'Farrill.

—Olga Loutzky, por Enrique Saladrigas.

—Georgina Arozarena, por Carlos López Lay.

—Carmen Brunet, por José Berenguer.

BODAS.

18.—HORTENSIA DORIA y CARLOS ARTIME.

„ OFELIA HERNANDEZ GARCERAN y ARTURO DE PLAZAOLA.

OBITUARIO

1.—Ramón P. y San Pelayo.

3.—La viuda de Pereda, madre del Dr. José Pereda.

6.—Miguel Lluriá y Rosell, de Cárdenas.

13.—Amalio Machín, Admor. del "Diario de la Marina".

16.—Marcelino R. Arango y Rojas.

„ Don Juan de Dios Oña, connotado hijo de Sagua la Grande, en París.

23.—Abelardo Pedroso y Loma.

24.—Ana Eucharis de Baupré, viuda de Alvaro.

„ Alberto Alvarez Hernández, muerto trágicamente en la vía férrea del ingenio Australia, con otros más.

27.—Arturo Navarrete y Romay.

30.—Roberto Mc. Lean Orr, Admor. de los Ferrocarriles Unidos.

LOS QUE SALEN.

Bernabé Sánchez Adán; Leopoldina Luis de Dolz; Ernesto Longa y su esposa Carmen Aróstegui; Dr. Ricardo Dolz; Oscar Fonts Sterling; Marqueses de Avilés; Dr. Raimundo Cabrera y familia; Carlos Dufau y esposa; Sr. Ministro de Chile y su esposa; Dr. Antonio Díaz Albertini y esposa; Ramón Crusellas y esposa; Luis Santeiro y esposa; Aurelio Albuerne y esposa; Dr. Rafael Nogueira; Dr. Nicolás Rosas; Dr. Fernando Freyre de Andrade y familia; José Palleya; Sra. Dulce María Arias y Julio R. Rabell.

LOS QUE LLEGAN.

Antonio Arturo Bustamante y esposa; Viuda de Francisco del Valle; Rafael Mª Angulo; Eduardo Suárez Murias y familia; Conde de Lombillo; Miguel Vivancos; Natividad del Valle; Canónigo, hijo de Cuba, Mons. Francisco Cabañas; José Alfredo Bernal y dos hijas; Estéfano Calcavechia; Miguel Alvarado y señora; Antolín de Cárdenas; Francisco Arango; José Mª Bérriz y familia; Alfredo Castellanos; Aurelia Izquierdo e hija; Manuel Celorio y familia; Fausto Menocal; Dr. Juan Valhonrat; Dr. Carlos Taquechel; Dr. Arturo Aróstegui y señora; María Teresa Freyre de Mendoza e hijos; Octavio Seiglie y señora; Dr. Enrique Fernández Soto y esposa; Paquita Alvarez, viuda de Crusellas e hija Alicia; Alfredo Benítez y Amelia Crusellas; Rufino Truffin; Miguel Carrillo y Belén Valiente; Dr. Fernando Barruecos; Sebastián Estrada y Pestana; Fernando Figueredo; Rafael Muñoz y señora; Mario Roza y familia; G. Petriccione; Joaquín Andino; Armando Crucet, esposa e hijo; Eulalia S. de Carreño e hijo Pablo; Eduardo Paradela; María Pujol de Mantoria e hijo Armando; José Mª Ramírez de Arellano y familia; Hermán Olavarría; José Primelles; Dr. José F. Pazos; Armando Montes y señora; José Rionda y señora; Septimio Sardiña Jr.; Annibal Mesa; Manuel J. Carreño y esposa; Luis Morales y Celia de Cárdenas; el poeta José Santos Chocano y esposa; A. Perelló de Segurola; Herminio del Barrio y familia; M. Le Mat; Marqueses de Villalba.



AMOR Y FLORES

POR JUAN HUERTAS HERVAS

A pesar de no sumar muchos años, el duque de Lorena había vivido por demás. Era uno de tantos de la época presente, que desde niño habíase hecho hombre sin descansar, en esa edad rosada en que pronto se pasa del desprecio al entusiasmo. Harto de materia, falto de ideales, el tal duque llegó a ese triste período de la vida en que la indiferencia juega un papel primordial; así que, ocupábase bien poco de la administración de su casa, y mucho menos de las andanzas de su hija, pero amaba con deleite que escuchasen y celebrasen la larga relación de sus pasadas aventuras, y le dejasen ganar algunas fichas al tresillo mientras le contaban algún desliz de dama tornadiza.

Jacinta, su hija, era linda como el capullo de una rosa: diez y ocho años, con carita de muñeca por lo delicada y bella, de mejillas y escote iluminados por tintes rosáceos, de ojos negros, grandes y rasgados, ligeramente ojerosa de un azul aterciopelado y de cuerpo hermoso, como la mejor estatua de la escultura griega. Estaba enamorada, enamorada de Alberto; no de aquel príncipe con quien ella constantemente soñaba, sostenida en su brazo, paseando a la caída de la tarde por el camino de la costa, camino lindado por acacias y tilos, cuya conclusión era un mirador, acaso nido de amores, desde donde admiraba el bosquecillo, todo alfombrado de geráneos, mirabeles, violetas y tulipanes, rodeados por tapiales revestidos de madreselvas que dejaban caer vistosas guirnaldas, y desde donde despedían al sol, que les mandaba un beso al ocultarse... No, era de Alberto, de aquel jovencito rubio, delicado como niña mimada, que nunca sonreía, y cuya faz adquiría el color de la granada cada vez que se veían o hablaban.

Cuando Alberto conoció a Jacinta fué en su juventud, en la primera estación de su viaje por la vida, y poco más tarde fué su primer amor: amor intenso, de convencido secreto. Consideraba a Jacinta, como los hombres de gran imaginación, los grandes artistas de la Belleza consideran idealmente a la mujer, olvidando a la esposa, olvidando a la hermana, creyéndola el don más hermoso que el sublime Hacedor creó para coronar su gran obra que, como consuelo del cielo, Dios envía al hombre, para alivio de amarguras y paño de sus lágrimas.

* * *

Poco después, los amores de Alberto y Jacinta eran ya oficiales. Cuotidianamente recorrían juntos, acompañados sólo de un lacayo, los paseos más escondidos, contando las tardes por venturosos idilios, conservando ella los exquisitos encantos de los cuentos griegos, y reservando él para la hora de sus bodas todo aquello que pudiera enturbiar sus amores: puros, como los rayos del sol.

Y marchando al paso tardo de las bestias en que cabalgaban, recreaban la vista entre los espléndidos panoramas que, a la subida de una cuesta o a la vuelta de un vericueto, presentábales la naturaleza en todo el esplendor de su magnificencia: refrenaban entonces los caballos, que contentos y sumisos descansaban, mientras ellos dejábanse seducir el alma contemplando la gran armonía de la creación, escuchando el rumor de las hojas, el canto de los pájaros, admirando el cielo tachonado de estrellas, aún pálido de luz por manchones rosáceos, que el sol en su huída dejaba por Occidente. Mirábanse los dos, y encontrábanse sus miradas como para comunicarse sensaciones y consultarse de aquellos portentos, y mirándose uno y otro recordaban su existencia y se llenaban de alegría, al experimentar que todo es vano en la vida, a excepción de esa afinidad de sentimientos que se llama amor.

Las más de las veces, a la caída de la tarde, cuando el sol acababa de ponerse y la luna lentamente se elevaba, a la luz espirante del día, y en medio de un silencio sólo interrumpido por los pasos de las cabalgaduras, Jacinta y Alberto, juntándose todo lo posible y en voz baja, como temerosos de que alguien sorprendiese los secretos de su amor, contábanse sus más refinadas ternezas y sus más hermosos pensamientos, preparando dulcísimos proyectos para la realización de esperanzas próximas, y Jacinta, con todas esas delicadezas del amor que hacen de la mujer arca de encantos, embobaba a Alberto, que escuchaba religiosamente aquella melodía que a su oído llegaba.

Y así se solazaban, hasta que la frescura de la noche y las tosecitas maliciosas del lacayo, que a la zaga llevaban, les anunciaba el regreso.

* * *

Un telegrama acibaró estos dulces paseos. Un telegrama de cierto pariente de Alberto. Estaba moribundo, y quería por última vez abrazarle y darle noticias de interés: le dejaba castillos, haciendas y una fuerte suma en dinero, y cierto es que el conde de Tres Victorias, su padre, no podía dejar pasar por alto semejante regalo, sino muy al contrario, atraerlo cuanto antes para aumentar el patrimonio, bien restado ya por antiguos devaneos.

Acordóse, pues, la marcha para el día siguiente; su padre le acompañaría, y harto sufrió Alberto por tan pronta determinación. Escribió a Jacinta; a la noche se verían.

* * *

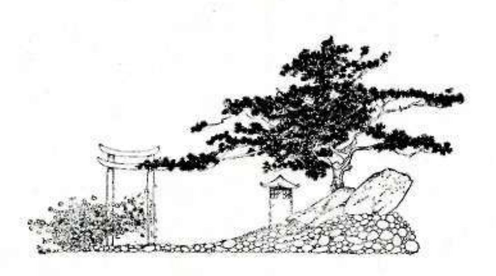
Media noche pasada sería, cuando Jacinta apareció en el balcón de la parte más oscura del hotel, casi escondida por el ramaje de los árboles, procurando recoger los rizos que el céfiro hacía ondular coquetamente, cuando Alberto, con paso silencioso, traspasa cautelosamente el jardín, y espera que a su oído llegue el leve ruido de la puerta que se entreabra, y la voz dulce y amiga que le llame. Todo está en silencio, sólo el tictac de su cronómetro le acompaña, y él espera contento, dichoso, como fumador de opio soñando agradables ensueños. Una delicada vocecita, acaso empujada por la brisa, llega a él, y una mano más blanca que dalias y camelias se mueve en forma de silencioso llamamiento...

...Ya los blanquecinos resplandores del crepúsculo de la mañana aparecían por los miradores del Oriente, rasgando sombras y alejando tristezas, ya las estrellas emprendían su marcha dóciles como rebaño de mansos corderos, cuando Jacinta, abrasada por el amor, los ojos anegados en lágrimas y entre sollozos, la cabeza recostada en Alberto, suavizándole la cara con sus dorados cabellos, y perfumándosela con los encajes y cintas de su chal, repetíale el último adiós... El chasquido de una contracción fuerte y prolongada sonó bien claramente, y el eco repitió el sonido... Alberto creyó que una estrella de las que por el cielo caminaban, la más brillante y más hermosa sin duda, acababa de besarle, y mientras tanto, las flores abrían sus cálices, los pájaros saludaban con sus trinos la aurora, y el sol naciente, con sus rosáceos rayos, daba vida al día.

* * *

Pasaron los días, pasaron los meses, y Jacinta olvidó a Alberto, y Alberto quiso olvidar a Jacinta. Las cartas, antes, cada vez más tardías, no llegan ya nunca. Han sido amores de vida parecida a la de las flores; nacieron, se hermosearon y, ya mustias, se deshacen y mueren.

Así pasó a Jacinta, que en cuanto a Alberto, enfermó en tierras extranjeras, no se sabe si de mal de amor. Y una noche de terrible crisis soñó despierto, que su antigua amada andaba mezclada en otros amoríos con cierto capitán, que se paseaban dulcemente por los senderos del antiguo jardín, y que, al despedirse, besos fuertes y sonoros lanzaban sus chasquidos al espacio, al mismo tiempo que una brillante estrella, la hermosa estrella del pastor, la medianera de aquel otro anheloso beso, escondíase tras una nube como avergonzada.



El fin de Manon

Por PAUL DE SAINT-VICTOR

El abate Prevost hace bien de enviar a Manon a que muera en el desierto. ¿Qué hubiera sido de ella en el París del vicio y del fango donde se extraviaba? Hubiera ido a parar a algún repugnante sitio, quizás cayera sobre la paja podrida de algún calabozo. Necesitaba la maceración del desierto esa María Egipciaca de la Regencia. Un viajero refiere que los colonos que se casaban con las jóvenes deportadas decían que las había purificado el mar. ¿No tiene en efecto el océano virtud lustral?... El europeo, transportado a un mundo exótico, en medio de plantas y animales desconocidos, no se despierta de su existencia anterior, como de un sueño...? Cree abordar a otro planeta; empieza para él nueva vida. Desde el seno de su refinada civilización, la Francia del siglo XVIII aspiraba, vagamente a las frecuras de la soledad. Por complacerla, el abate Prevost enterró a Manon en una pradera de la Luisiana, y por la misma razón, más tarde, Bernardino de Saint-Pierre hará nacer a Virginia a la sombra del cocotero, entre los antílopes y las aves del paraíso de una isla edénica. Desde las dos extremidades del mundo poético, Manon y Virginia, la pecadora y la virgen, se lanzan en una misma emigración, llevadas por los mismos vientos hacia riberas desconocidas. La vieja Europa ha marchitado a la una y no ha tenido tiempo más que para herir a la otra. Virginia se sumerge en el mar para morir de pudor en él; Manon entierra su cuerpo profanado en las arenas de los páramos.

Las buenas compañías

Por SAADI.

Paseándome un día, tomé una hoja medio seca que se encontraba a mis pies. Despedía un olor agradable que aspiré con delicia.

—Tú que exhalas perfume tan suave—le djie—¿eres rosa?

—Nó—me respondió—no soy rosa; pero he vivido algún tiempo con ellas y de ahí procede el perfume que ha llegado hasta ti.

LA CASA DE SWAN



Frontis de la nueva casa del popular Mr. Swan en el número 53 de la calle Pí y Margall (antes Obispo), que es, sin disputa, la tienda más moderna y amplia del estrecho *boulevard*, donde hallará su numerosa clientela toda clase de revistas y magazines de los Estados Unidos, efectos de escritorio, bombones, etc., etc.

Fot. American Photo Co.

El camino solitario

Por RICARDO WAGNER.

¿Dónde podría descubrir Beethoven esa raza de hombres, a los que hubiera deseado tender sus manos por cima de las movedizas olas de la música? ¿Dónde encontrar esos hermanos, cuyo corazón debía ser tan grande que pudiese verter en él el soberano torrente de su armonía? ¿Dónde hallar esas criaturas humanas cuyos cuerpos debían ser de unas proporciones tan bellas y estar nutridos de tan fuerte savia que pudiesen soportar sus ritmos melodiosos sin desfigurarlos ni menospreciarlos?

¡Ah! ¡En ninguna parte! ¡De ningún lado llegó en su ayuda el Prometeo fraternal que hubiera podido mostrarle aquellos hombres! El solo debía ponerse en camino *para ser el primero en descubrir el país de los hombres del porvenir.*

Libros viejos

Por PEDRO EMILIO COLL.

No puedo tocar sin un movimiento piadoso uno de esos libros olientes a polilla y a humedad, expuestos a la violenta luz de nuestro siglo. Bajo el brazo de los vendedores ambulantes va, indolentemente llevado, un fragmento del alma de los antepasados, de esa alma que ha creado en nuestro cuerpo mil deseos y apetitos nuevos. Causa de mucho de lo que pensamos y sentimos hoy está difuso allí, en medio de estilos arcaicos y avejentados pensamientos. Una suave tranquilidad, hecha de resignación y filosofía, aquieta nuestras agitaciones del momento, meditando que no somos sino un instante de una raza, quién sabe a qué destino reservada...

LUCIA Por ALFREDO DE MUSSET

(Versión de Zenea)

Estábamos sentados juntos: ella
inclinaba su frente, y sobre el piano
dejaba en tanto, pensativa y bella,
al capricho vagar su blanca mano.

No era más que un murmullo: parecía
la tenue voz de un céfiro distante
que al ave implume despertar temía,
y entre los juncos revolaba errante.

Los delirios, las ansias voluptuosas
que en horas melancólicas brotaron,
salieron del capullo de las rosas
y a fuego lento el corazón quemaron.

Meció su rama mustia el roble añoso,
la estrella del pesar rasgó su velo,
y al gemir de la noche en el reposo,
nos pareció que nos hablaba el cielo.

Entraba por las rejas entreabiertas
el olor virginal de los collados:
estaban las praderas ya desiertas,
y estábamos los dos enamorados.

Estábamos así meditabundos,
solos y tristes, y en la edad florida
en que se van las almas a otros mundos
y aspiran lo inmortal en otra vida.

Yo me puse a mirarla: era Lucía
en lo infinito del dolor un astro:
era rubia y el rostro le cubría
la suave palidez del alabastro.

Nunca otros ojos en mayores duelos,
buscaron más la luz en lo futuro,
sondearon más lo inmenso de los cielos
ni reflejaron un azul más puro.

Yo me embriagaba en su hermosura, y tanto
la castidad solemnizó sus gracias,
que en ella halló por fin mi afecto santo
una hermana de dichas y desgracias.

Pasaban en silencio los momentos;
y viendo yo que su semblante ardía
en la llama de ocultos pensamientos,
cogí su mano y la estreché en la mía.

Y entonces comprendí que en los enojos
de la fortuna sólo dan la calma,
la juventud de unos hermosos ojos
y la apacible juventud del alma.

Levantóse la luna en el oriente
en medio de la atmósfera serena;
y ella al sentir la luz sobre su frente
sonrió cual ángel y cantó su pena.

. . . .

¡Oh diosa del dolor! ¡Dulce armonía!
¡Idioma del amor y del consuelo,
que Italia nos prestó con la poesía
y que la Italia recibió del cielo!

¡Lengua del corazón, sublime acento,
idealidad que va en la nube esbelta,
espacio en que no teme el pensamiento
pasar cual virgen en su velo envuelta!

¡Quien pudiera saber cuántos halagos
siente la joven que infeliz delira
y lo que dice en los suspiros vagos
que nacen en el aire que respira!

¿Quién lo puede saber? Uno sorprende
una mirada, y lo demás lo ignora
la multitud, como jamás entiende
lo que en las noches y en los bosques llora.

Los dos a contemplarnos nos pusimos,
y estrechó su horizonte la esperanza,
y dentro el pecho retemblar sentimos
el eco angelical de su romanza.

Ella inclinó en mi seno su cabeza
y comenzó a gemir ¡Oh mi querida!
¿Sentiste dentro el alma, en su tristeza,
sollozar a Desdémona afligida?

¡Tú llorabas, mi bien! Tu boca mustia
mi boca comprimió; su duro peso
sobre tu cuello descargó la angustia
y fué el dolor quien recibió mi beso.

Así yo te besé, pálida y yerta.
¡Ay, dos meses después, oh niña mía,
estabas ya bajo la tierra, muerta,
y yerba vil sobre mi amor crecía!

No fué muy duro tu existir: al verte,
te protegió risueña la fortuna:
y una mañana, al despertar, la muerte
voló hacia Dios y te llevó en la cuna.

¡Oh dulce hogar que hospeda a la inocencia!
¡Cuántos sueños de paz, glorias doradas!
¡Oh augusta soledad, santa creencia,
sonrisas de placer, tristes miradas!

Y tú también, pasión conmovedora,
que en el umbral de Margaritas hacías
temblar a Fausto!... ¿A dónde estás ahora
dulce candor de los primeros días?

¡Duerme por fin en paz! ¡Duerme, ángel mío!
¡Paz profunda a tu alma! ¡Adiós! Tu mano
ya no más en las noches del estío
podrá vagar por el marfil del piano...

Plantad, amigos, cuando yo muera,
un triste sauce en el cementerio;
pláceme un árbol tan funeral;
y há tiempo aguardo que en el misterio
será su sombra, sombra ligera
para un humilde lecho mortal.

LA TELA

Por J. VALMATH

Hecha ordinariamente de hilo de lino a la linda florecilla azul, de cáñamo o de algodón, es a la tela que debemos nuestros más preciosos bordados; su fineza y su regularidad constituyen todo su valor para los profanos.

Nosotros preferimos, bajo el punto de vista de la decoración, las telas algo menos regulares y más rústicas. El arte de hacer la tela parece de un origen muy antiguo, pues se ha hallado un gran número de productos diversos de este arte en Saint-Germain des Prés, en las tumbas del Siglo X, y los Galos, según refiere Pline, sobresalían en este género de industria; la invención de la tela remonta a los Sidonios y a los Fenicios, y no fué sino dos siglos antes de las Cruzadas que se pusieron a fabricar telas de cáñamo, cuyo uso no se generalizó sino a partir de siglo XII.

El cáñamo originario del Asia, del cual se extrae el **hachich**, no procurándonos el deleite tan querido de los indianos, tiene para nosotros un encanto y su utilidad naturalizada en nuestros climas, por la cultura que ha recibido desde la más remota antigüedad.

Hilado en la rueca y tejido a la mano, nos da la tela soñada y necesaria para todas nuestras reconstituciones bordadas, pero ¡ay! ¿dónde hallar aún hiladoras?

Hay en Francia un rincón oculto, escondido, perdido en paraje poco conocido y salvaje, país de montañas florecidas de tomillo, matorrales y retama, flores tan queridas de Didier Pouget, en donde encontraréis tal vez un pastor, que os indicará sobre las orillas del Taurrón algunas viejas campesinas peinadas con gorro que, extasiadas al lado del torno, hilan todavía el cáñamo en la rueca, canturreando canciones patuás. ¡País de las leyendas, de las serpientes y de los lobos, su suelo no es aún profano para el progreso rápido que te arrancará tu velo de misterio y de ensueño! ¡Tú nos guardas preciosamente escondido bajo tus ruinas de piedra el culto del recuerdo, y es ahí, al pie de tus montañas, que hallaremos todavía los varios trozos de tela antigua que poetizaron por su aspecto salvaje todos los puntos antiguos de nuestros antepasados!

¡Puedan vuestros monísimos dedos, pequeñas hadas modernas, volver a encontrar en su trama la agilidad de Ariana y el perfume de los bosques!

Pero se acabó aquel tiempo. Años ha, que las buenas gentes, las familias enteras que se dedicaban a tan útil industria, que a ella acostumbraban a los pequeños y de la que vivían pueblos enteros, haciendo de cada hogar una fábrica sin máquinas, sin motores, sin chimeneas, sin correas, sin ese complicado movimiento fabril de la industria moderna; una fábrica movida tan sólo por unas docenas de dedos humanos, de todos sexos y edades, tuvieron que abandonarla y dedicarse a la agricultura unos, y la mayor parte marcharían a la ciudad más próxima en busca de una ocupación cualquiera, que les permitiera vivir, aunque peor que antes.

Acerca de la vida propia

Por MERCEDES LAINES.



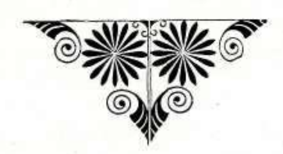
ESCONSUELA el mórbido interés con que la humanidad inconsciente de su vida, ata y desata los hilos de extrañas existencias. Ambiciones y egoísmos estrechos rompen los vínculos que debieron ser sagrados, en tanto que, torcido el orden natural de las cosas, los lazos materiales se vigorizan y las malas voluntades se concentran. A diario escuchamos lamentaciones dispersas, inútiles... Quejas que van al vacío de las vidas ávidas de palabras; vanas palabras que ahondan las distancias morales y exasperan los ánimos superficialmente inquietos...

A vivir la vida propia pocos, muy pocos tienden. Del refinamiento a que éstos aspiran no se habla en ninguna parte. Y el hombre que pasa indiferente entre la multitud, mudo y absorto ante sí mismo, es el blanco de ironías vulgares.

Es penoso penetrar en la sin razón de las cosas triviales elevadas a la categoría de razones; penoso compendiar el volumen de sinnúmero de aberraciones y miserias en que vemos debatirse a noventa y nueve cada ciento de nuestros semejantes. El *uno* es el aparte, raro de encontrar, y generalmente inestimado. Ese es el que va hacia adelante sin preocuparse de lo otros; el que no indaga acerca de los actos e intenciones ajenas; *el que existe y luego piensa.* No el que ha recibido duras lecciones sin aprovecharlas, no quien desea el bien por el bien propio, ni quien aborrece el mal porque le ha herido.

Es el que abomina el Mal por el mal mismo, quien quiere el Bien porque al bien aspira.

Aquel que no siendo extraño a todo lo bello, delicado y profundo que se agita en torno, camina sin mirar a lo lados de la vía dolorosa que de recorrer tenemos.





UNA NOCHE DE OPERA

Continuación de la página 20.

Empezó el último acto. A la vuelta del cautivo esposo y al regocijo de la princesa, la *elite* de los palcos comenzó a envolverse en armiño y chinchilla. De muchas lunetas se alzaban elegantes damas corriendo a las puertas de los pasillos que nos regalaban al cerrarse importuna luz, corrientes de aire y fastidiosos ruidos.

La voz de los porteros rugía: ocho mil dos, el automóvil del Sr. Goelet. Los grupos del *foyer* hablaban a gritos y sobre todos los rumores el coral entonando un *hosanna* precedía la entrada al *kremlin* de los dos felices consortes.

Alcé la vista: los palcos como rojas bocas bostezando mostraban el vacío más desconsolador y de las escaleras de los lados descendían deslumbrantes toda la gran sociedad neoyorknia.

Mis vecinos discutían el *restaurant* donde pensaban cenar.

—Mejor es el *Biltmore*. La banda de los hawaianos toca unos deliciosos *fox-trots*.

—Pues yo prefiero el *Plaza*, allí hacen el pollo en cazuela exquisito.

Los jovenzuelos debutantes comprometían las danzas.

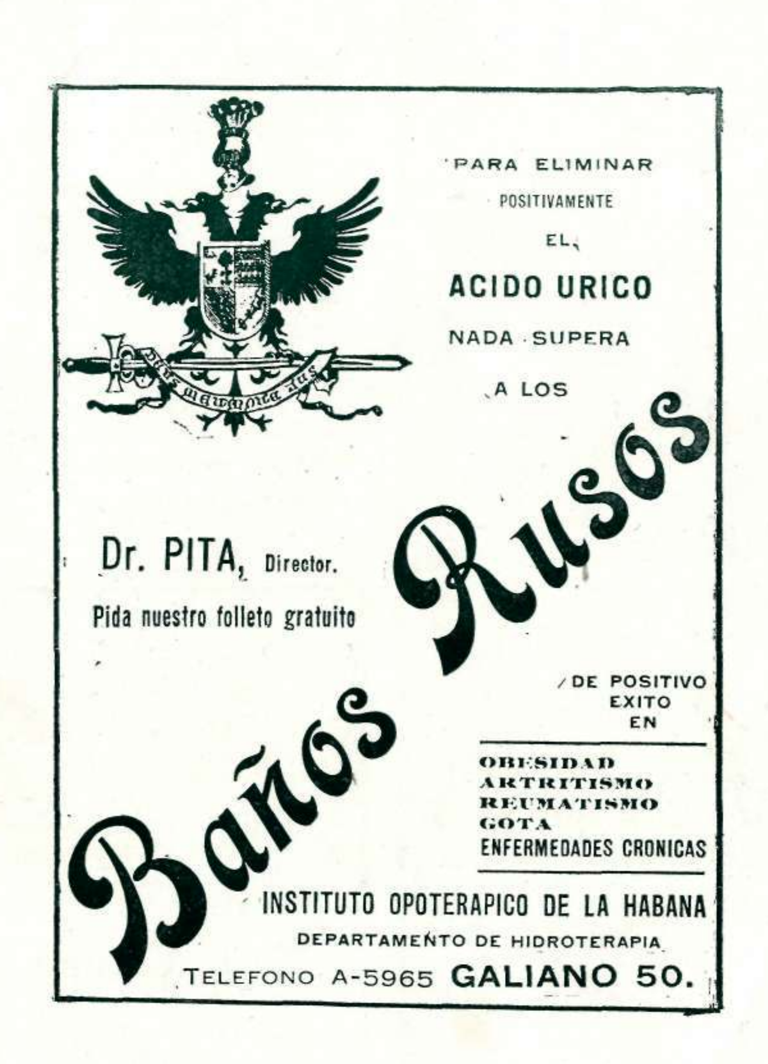
Josephnie, acuérdate del primer *one step!*

Terminaba la ópera. Nevaba. Interminable hilera de automóviles guiados por los agentes del tráfico, recibían la multitud y el gran coliseo oro y rojo, triste como una tumba asiria, volvía al misterio de las tinieblas y de las medias noches.

Los acomodadores buscaban por los pasillos y bajo las lunetas algún collar de perlas extraviado y los italianos alzándose los cuellos de sus abrigos murmuraban:

—*Per Bacco! E una indecenza questo teatro. Tutto il mondo parla e s'ocupano di tutto men del' opera...*

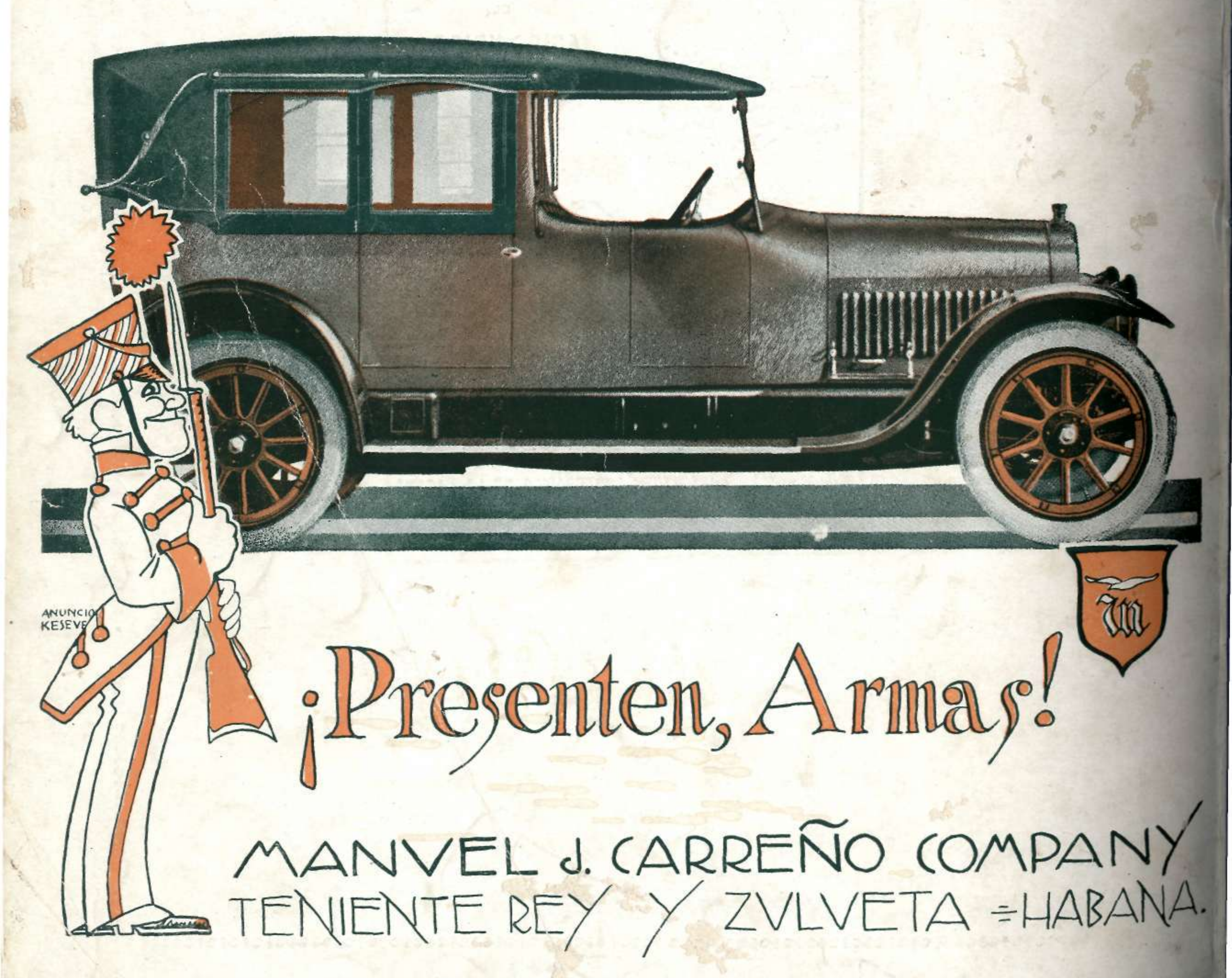
New York, 1916.



PARA ELIMINAR
POSITIVAMENTE
EL
ACIDO URICO
NADA SUPERA
A LOS
Baños Rusos
Dr. PITA, Director.
Pida nuestro folleto gratuito
DE POSITIVO
EXITO
EN
OBESIDAD
ARTRITISMO
REUMATISMO
GOTA
ENFERMEDADES CRONICAS
INSTITUTO OPOTERAPICO DE LA HABANA
DEPARTAMENTO DE HIDROTERAPIA
TELEFONO A-5965 GALIANO 50.

WHITE

el carro incomparable



Impreso por SEOANE Y FERNANDEZ, Compostela 121-141

- - - Tricomia de PEDRO GUTIERREZ, Cuba 94 - - -